

CAMINO DE CARISMAS

CARLOS ALDUNATE, S.J.



7

CAMINO DE CARISMAS

Colección
BUSQUEDA

- 1. El discernimiento**
Carlos Aldunate, S.J.
- 2. La verdad os hará libres**
Equipo Pastoral
- 3. Tu Palabra me da vida**
Juan Manuel Martin-Moreno, S.J.
- 4. El camino de Dios, con Israel y con nosotros**
Juan Manuel Martin-Moreno, S.J.
- 5. El don de profecía**
Roberto De Grandis, S.S.J.
- 6. Los nombres de Cristo**
Diego Jaramillo
- 7. Camino de Carismas**
Carlos Aldunate, S.J.

CARLOS ALDUNATE, S.J.

**CAMINO
DE
CARISMAS**

COLECCION BUSQUEDA

Impresor: Talleres Gráficos Pía Sociedad de San Pablo
Avda. Vicuña Mackenna 10.777 (La Florida), Santiago de Chile
Septiembre de 1994

Impreso en Chile - Printed in Chile

INTRODUCCION

En su carta encíclica sobre el Espíritu Santo, Juan Pablo II escribe: “La vida humana está penetrada por la participación de la vida divina y recibe también una dimensión divina y sobrenatural”¹. Ahora bien, cada carisma es una “manifestación” de esta vida divina (1 Cor 12, 7), porque revela algo en la acción humana que no se puede atribuir al solo hombre. La acción carismática es un “signo” de la actuación de Dios a través de él.

Según el Concilio Vaticano II (L.G. n. 12), “estos carismas, tanto los extraordinarios como los más comunes y difundidos, deben ser recibidos con gratitud y consuelo, porque son muy adecuados y útiles para las necesidades de la Iglesia”². San Pablo añade más: debemos “procurar los carismas”; y él indica “el camino mejor” para procurarlos: el camino de la caridad fraterna (cfr. 1 Cor 12, 31; 13, 1-13; 14, 1).

Precisamente, este objetivo de “procurar las carismas” es el de este libro. Hemos practicado estas enseñanzas con diversos grupos, siempre en un clima de mucha oración. Hemos constatado que cuando el cristiano, debidamente orientado y deseoso, se abre lleno de confianza a la acción de Dios, brotan los carismas “para utilidad... de todo el Cuerpo, cuyos miembros somos” (cfr. 1 Cor 12, 7. 27).

Somos llamados para ser buenos samaritanos y para ayudar a que otros lo sean.

Hoy día son muchos los falsos profetas que presentan caminos y hacen prodigios, confundiendo a los seguidores de Cristo. Es necesario valorar lo que el Espíritu Santo nos ofrece, y ser guiados por él. "A toda la verdad" (Jn 16, 13). En la apertura a los carismas experimentaremos esta conducción del Espíritu Santo, su acción sorprendente a través de nosotros.

San Ireneo dice que "Dios nos dio profetas para acostumbrarnos a tener al Espíritu Santo actuando en medio de nosotros" (cfr Haer. 4, 14, 2). Así también todo carisma hace palpable la acción del Espíritu; y ésta es la voluntad de Dios para todos nosotros.

CAMINO DE CARISMAS

El título de un libro suele contener, de alguna manera, todo el libro. En este caso es así. De allí la conveniencia de explicar el título para orientar al lector de esta obra.

Jesús, el Camino

Jesús es el único camino de plenitud humana, de felicidad, de salvación. Es el único camino de vida y de verdad. Lo declaró él mismo en el evangelio: "Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie llega al Padre sino por mí" (Jn 14, 6).

Y comprendemos mejor esto si recordamos que "somos creados a imagen y semejanza de Dios", de modo que

desde la eternidad “Dios nos predestinó a ser conformados (configurados, adaptados) a la imagen (y realidad) de Jesucristo” (Rm 8, 29). De allí que nuestra plenitud, armonía y felicidad esté en nuestro crecimiento hacia la plenitud de Cristo.

Llegamos, pues, a la misma conclusión de San Pablo: todas las ventajas puramente humanas y transitorias de este mundo “son basura en comparación con alcanzar la comprensión y la persona misma de Cristo resucitado” (cfr. Flp 3, 7-14).

Cristo es nuestra vida en plenitud, y él es el único camino real y pleno hacia esa plenitud.

Caminos humano-divinos

Aunque Cristo sea siempre el único camino de nuestra salvación (en sentido completo y pleno), el trayecto de los hombres toma distintos estilos y modalidades según la diversidad de los mismos hombres. Si observamos a los transeúntes en una calle de la ciudad, veremos que cada uno camina de una manera característica: los colegiales, una pareja de edad, hombres y mujeres que se apresuran al trabajo, etc.

Así también, los que avanzamos por el único camino que es Cristo, lo hacemos cada uno con características de nuestra edad, temperamento, formación, ocupaciones, experiencias... Hay elementos humanos que colorean nuestro andar. Todos los cristianos seguimos a Cristo, “puestos los ojos en el que es el autor y pleno realizador de nues-

tra fe" (Heb 12, 2), pero aportamos al camino las realidades de nuestra propia existencia.

Además de esto, hay lo que podríamos llamar una "diversificación profesional". Ninguno de nosotros puede realizar en plenitud la inmensa riqueza de la vida y camino de Cristo. De allí que nuestro seguimiento se especialice en algún aspecto importante, hacia el cual nos sentimos más llamados.

Así, hay diversidad de vocaciones. El cristiano puede sentirse llamado a seguir a Cristo en la vida de familia de Nazaret, o en la vida célibe del apostolado público de Jesús. Aun aquí, algunos lo seguirán en las obras de asistencia corporal (asistencia a los carentes de salud, o de hogar, o de alimento, o de libertad; cfr. Mt 25, 35-40); otros son llamados a la asistencia espiritual (a la enseñanza de niños y jóvenes, al consejo espiritual, al estudio, al periodismo...). Otros se sentirán llamados a una vida contemplativa.

Pero entre los que están llamados a una o a otra forma de seguimiento de Cristo, hay escuelas de espiritualidad (ignaciana, salesiana, carmelitana...) y todavía, entre éstas, personas que tienen un "temperamento espiritual" (para inventar una calificación) más intelectual o más afectivo o más ejecutivo...

El camino de los carismas sería una manera de vivir la escuela espiritual a la que uno pertenece; sería una docilidad especial al Espíritu Santo para ser conducido por él en el servicio del prójimo. Ya que el carisma es un don de Dios para el bien de la comunidad a que se pertenece o

para bien del hermano a quien uno está sirviendo, el camino de los carismas sería una especial apertura a estos dones del Espíritu Santo, en nuestro cumplimiento de la voluntad de Dios.

Y *camino* de carismas indicaría que esta apertura es una apertura santificadora para la persona que va por él. El camino de los carismas sería un camino que nos acerca al Señor Jesucristo, una manera de seguirle, que queda incluida en el caminar por el Camino que es él.

Camino de caridad

Siendo los carismas una acción del Espíritu en nosotros para el servicio de los demás, el camino de carismas es un camino de caridad. Este camino entra perfectamente en el seguimiento de Cristo, ya que su “nuevo mandamiento es que nos amemos unos a otros como él nos ha amado” (Jn 13, 34-35). Todo seguimiento de Cristo debe incluir un seguirle en la caridad al hermano.

Lo propio del camino de carismas es la apertura y prontitud para que nuestro servicio sea dirigido por el Espíritu Santo y, más todavía, sea un servicio en que él actúe con nosotros. Nos ponemos en receptividad pura a fin de que nuestro servicio sea carismático, es decir, un servicio que supere la eficiencia humana y sea un servicio en donde Dios se manifieste. Ya lo dijo San Pablo: cada carisma es “una manifestación del Espíritu” (1 Cor 12, 7).

Esta apertura a la acción del Espíritu a través de nosotros no puede ser exclusivo de algún “movimiento” especial

en la Iglesia; tiene que ser una apertura a la que estén llamados todos los cristianos. Jesús, al enviar a los apóstoles y a “todos los que creyeran, a difundir sus enseñanzas”, predijo que serían acompañados por “signos” que acreditaran la bendición de Dios en ellos (Mc 16, 17). Por esto, el camino de carismas está abierto a todas las escuelas de espiritualidad. Todos los cristianos estamos llamados a este camino.

En la práctica

Este libro irá indicando los principales carismas mencionados en el Nuevo Testamento, e indicará la manera práctica para abrirse a ellos.

Recomendamos al lector que haga aquí una pausa, y ore, lleno de confianza. Pida al Señor la gracia de la receptividad para llegar a ser instrumento de Dios en su acción entre los hombres.

Cuando ocurrió la conversión de San Pablo, Dios le dijo a Ananías: “Ve a Saulo de Tarso (el futuro Pablo) porque él es instrumento escogido por mí...” (Hch 9, 15). Pidamos ser instrumentos escogidos para que el Señor pueda actuar a través de nosotros en favor de su pueblo.

EL SERVICIO AL HERMANO

Jesús dijo: “El Hijo del hombre no ha venido para ser servido, sino para servir” (Mc 10, 45). El servicio es el amor concreto y efectivo que Jesús propone a sus servidores.

El buen samaritano

“Amar al prójimo como a sí mismo” es equiparado por Jesús al primer mandamiento de amor a Dios sobre todas las cosas y con todo nuestro ser.

La razón es ésta: si amamos a Dios, amamos también a los que él ama, es decir, a nuestros hermanos. No pode-

mos amar realmente a Dios si somos indiferentes o rechazamos a nuestros hermanos a quienes él ama.

Cuando el escriba le preguntó a Jesús: “¿Quién es mi prójimo?”, Jesús le narró la parábola del Buen Samaritano (Lc 10, 25-37). En esa parábola, el samaritano ve al hombre herido y pospone los propios intereses a las necesidades del herido. Le da los cuidados que necesita todo hombre en esa situación.

Jesús pregunta sobre quién fue prójimo para el hombre herido, es decir, ¿quién quiso “hacer misericordia” con él? El amor no está esencialmente en una simpatía espontánea, sino en querer el bien ajeno y en *hacer* misericordia con el otro porque, como nosotros, es hijo del Padre Celestial. Jesús nos dice: “sean misericordiosos como el Padre Celestial es misericordioso” (Lc 6, 36).

Jesús, el samaritano

El mismo Jesús es el mejor modelo de misericordia. Tuvo compasión de las muchedumbres porque andaban “como ovejas sin pastor”.

Esa compasión se manifiesta ante todo en un sentimiento casi angustioso, mencionado 12 veces en los evangelios. Pero no se detiene allí; Jesús remedia el mal con milagros de sanación o de multiplicación de los panes; con sus enseñanzas llenas de amor; con su oración constante al Padre por la salvación de todos nosotros.

Toda la vida de Jesús fue un humilde servicio: “Mi Padre me ama porque doy mi vida por mis ovejas” (Jn 10,

15. 17). Es la voluntad del Padre; y ese servicio nos lo enseña en el lavatorio de los pies: “Si yo que soy el Maestro y Señor de ustedes les he lavado los pies, ustedes también deben lavarse los pies los unos a los otros. Les doy un ejemplo... Mi nuevo mandamiento es que se amen los unos a los otros como yo los he amado”.

La oblación de su vida hasta la última gota de su sangre será perpetuada sacramentalmente en la Eucaristía, para que también nosotros entremos en el camino de oblación en servicio del prójimo.

Jesús en el herido

Al describir el Juicio de las Naciones, Jesús se identifica con el hambriento, el sediento, el enfermo, el encarcelado, con todo el que sufre en su cuerpo o en su alma. Todo servicio que hayamos hecho “al menor de estos pequeñitos, a mí me lo hiciste” (Mt 35, 40).

San Pablo nos explica el fundamento de esta identificación: la solidaridad de Jesús con el género humano y con cada uno de nosotros. Todos formamos un cuerpo con él; él sufre cuando sufre cualquier miembro de su cuerpo; y quiere que también nosotros suframos por los sufrimientos ajenos y procuremos remediarlos (cfr. 1 Cor 12, 12-27).

Cada miembro de la humanidad es hermano de Cristo y miembro de su cuerpo. Cuando “hacemos misericordia” con nuestro hermano, lo hacemos también con Cristo.

Nosotros samaritanos

San Juan de la Cruz escribió que en la tarde de la vida se nos examinará sobre el amor. Es lo que Jesús nos dice en la parábola del Juicio de las Naciones: los que hayan amado efectivamente irán a la vida eterna; los que no hayan amado serán “apartados” del Rey: irán al fuego eterno (Mt 25, 31-46).

Jesús quiere prolongar en nosotros su vida de servidor. Nos envía como el Padre lo envió a él. Quiere que enseñemos con la palabra y con el ejemplo “todo lo que él nos enseñó” (Jn 20, 21; Mt 28, 19-20).

Si estamos llamados desde toda la eternidad a reflejar a Cristo, a ser otros Cristos, nuestra oración ha de ser: “Señor, enséñanos a amar como tú”.

LOS CARISMAS DE SERVICIO

Las maravillas de Dios son simples, pero nosotros necesitamos muchas palabras para comprenderlas y describirlas.

Dones y dones

Todo es don de Dios, “don gratuito”, o sea, gracia. Y en todo don, está presente Dios y está trabajando Dios. Sus dones son tan íntimamente de él que nuestra manera de dar es sólo un pálido reflejo del amor con que Dios da.

Desde luego, se suelen distinguir los dones de la naturaleza y los dones de la gracia. Los primeros son todos

aquellos que se relacionan con nuestra condición humana: el cuerpo físico con su salud, sus sentidos corporales, su sensibilidad consciente e inconsciente, y todo lo que pertenece a nuestra psicología inferior y parapsicología.

También son dones propios de nuestra naturaleza el corazón, la inteligencia y la voluntad. Estas capacidades encierran el núcleo más íntimo del hombre: sus aspiraciones profundas, su comprensión de las realidades –intra y extra personales– su formulación de esas realidades en conceptos y palabras, su capacidad de decidir libremente. Es propio de la psicología la exploración de la naturaleza humana en su vida mental.

Pero también hay un don que sobrepasa nuestra naturaleza y por eso es doblemente “don”. Se llama “gracia”, ya que está sobreañadida a nuestra naturaleza de seres racionales. Por esa gracia somos hijos de Dios, incorporados en el Cuerpo Místico de Cristo, templos del Espíritu Santo. No cabe en este libro describir toda la belleza de este don de la vida sobrenatural.

También se llaman gracias de santificación todas las ayudas de Dios que nos hacen crecer en nuestra calidad de hijos de Dios, y que nos hacen más semejantes a Jesús, en amor y humildad, en rectitud y fidelidad, en fe, esperanza y generosidad, en oración y castidad.

Dones de servicio

Los carismas son dones de servicio, es decir, son gracias de Dios ordenadas no tanto para nuestro crecimiento

espiritual a semejanza de Jesús, sino ante todo para nuestro servicio al hermano, en orden al bien del Cuerpo de Cristo³.

Son innumerables los carismas, porque son innumerables las ocasiones y las maneras como podemos contribuir al bien de los demás.

Carismas permanentes y ocasionales

Hay carismas permanentes, porque pertenecen a una posición o estado permanente de vida. Por ejemplo: los esposos reciben, a través del sacramento del matrimonio, las gracias necesarias para el amor y fidelidad mutuos, y para la educación de sus hijos; el sacerdote recibe la capacidad para consagrar en la Eucaristía y administrar válidamente los demás sacramentos; el Obispo recibe gracia de Dios para regir su diócesis y acertar más allá de lo que se puede atribuir a sus cualidades naturales.

Hay carismas ocasionales en que actúa Dios a través de personas que no están especialmente dedicadas a un cargo de autoridad o de servicio. Nos ocuparemos en este libro principalmente de estos carismas, porque todo cristiano está invitado a abrirse a esta posibilidad.

En todo carisma hay una acción conjunta del hombre y de Dios, de tal manera que el efecto de la acción excede lo que normalmente puede atribuirse al factor humano. Todo carisma es un acto de servicio en que resplandece Dios; es un “signo y prodigio” como lo llamaban los primeros cristianos: signo prodigioso porque llama la atención sobre la presencia y el poder de Dios⁴.

TRES LLAVES DE SERVICIO

Dios puede actuar a través de toda clase de instrumentos. San Juan nos dice que profetizó por boca de Caifás, el que ciertamente no estaba en el camino de Cristo (Jn 11, 49-52).

Pero ordinariamente actúa a través de instrumentos que están unidos a él, instrumentos inteligentes y generosos que desean y piden ser conducidos por el Espíritu Santo, y guiados por él para realizar los designios de Dios.

Jesús nos explica que somos como ramas de la vid, cuyo tronco es el mismo Jesús. El Padre quiere que produzcamos "mucho fruto". Condición para esto: que "permanezcamos unidos a la vid". Sin ella, nada podemos hacer. Unidos

a ella, el fruto es de ella y también nuestro. Así es el carisma, acción nuestra y de Dios.

Las condiciones que nos mantienen unidos a Jesús pueden llamarse “llaves”.

Llaves de apertura

Hay puertas que necesitan llaves para ser abiertas. El pecado original nos ha cerrado a la gracia de Dios, y aun cuando queremos pertenecerle y ser dóciles a sus inspiraciones, tendemos al egoísmo, a la independencia, a la agresividad, que son obstáculos a la acción de Dios en nosotros.

Se trata, pues, de aclarar las llaves que nos abren a ser instrumentos unidos a él. No son llaves que pongan los carismas en nuestras manos, sino llaves que nos pongan a nosotros en las manos de Dios.

El amor

Después de tratar sobre carismas y sobre su función en el Cuerpo de Cristo, San Pablo concluye: “Procurar, pues, los carismas mejores”; y más adelante: “Procuren los carismas” (1 Cor 12, 31; 14, 1). Siendo tan importantes como canales de bendiciones para el Cuerpo cristiano, Pablo nos exhorta a “procurarlos”, es decir, quitar los temores, pedirlos al Señor, comprender lo que puede ayudarnos a colaborar, atrevernos a actuar.

“Pero yo les estoy mostrando un camino mejor”, nos añade San Pablo. En vez de procurar los carismas directamente, el camino mejor es procurar la caridad fraterna. Y es aquí, indicando el “camino mejor”, donde San Pablo desarrolla su himno al amor (1 Cor 13, 1-13).

Pedir a Dios más amor hacia el hermano y ejercitar este amor es la mejor disposición para que el Señor actúe a través de nosotros. Lo que más nos separa de nuestros hermanos es la falta de amor. Todo lo que es envidia, impaciencia, odio, agresividad, ambición, orgullo, vanidad, egoísmo nos dificulta ser canales de bendiciones para los demás.

En cambio, el olvido de sí mismo para procurar el bien del hermano es la primera y más importante llave para el que quiere ser instrumento de Dios en esta obra.

Confianza de Dios

Una segunda llave es la fe. Jesús lo recalca muchas veces: “pidan y recibirán”, “de cierto les digo que todo cuanto pidan al Padre en mi nombre, él les dará”, “todo lo que pidieran ustedes orando, crean que lo tienen ya concedido, y lo recibirán” (Lc 11, 9; Jn 16, 23; Mc 11, 24).

Esta confianza no se debe poner en la fórmula de la oración, ni en el sentimiento de confianza, sino en Dios mismo, porque él es infinito amor, infinito poder e infinita sabiduría. Esta confianza incluye, pues, una entrega de nosotros mismos y de lo que pedimos, en las manos de Dios.

Si de alguna manera estamos dudando del amor de Dios, o de su poder, o de su sabiduría; si tememos que él pueda tener un plan que no coincida con el nuestro; si queremos que él haga nuestra voluntad, en vez de querer hacer nosotros la voluntad de él; entonces no estamos pidiendo “en el nombre de Jesús”, es decir, como él pediría; nuestra voluntad no está descansando firmemente en los designios de Dios; “estamos pidiendo mal” (nos diría Santiago apóstol: Sant 4, 3).

La verdadera confianza en Dios supone una conversión muy profunda; una entrega como la de María cuando dijo: “He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra” (Lc 1, 38).

La osadía

Los primeros cristianos, y el mismo San Pablo, pedían a Dios la osadía o libertad interior para predicar la Palabra sin temores (Hch 4, 29; Ef 6, 18). Esto es muy comprensible. En todos los tiempos el mensajero de Dios ha tenido que hablar y actuar contra la corriente de las opiniones y comportamientos humanos.

A Ezequiel le dice Dios que le dio una frente dura, como el diamante, para predicar lo que el pueblo de su tiempo no quería oír (cfr: Ez 3, 7-9).

A Jesús, sus enemigos lo espiaban constantemente para descubrir de qué podían acusarlo. Aun sus parientes quisieron encerrarlo en Nazaret porque juzgaban que estaba “fuera de sí” (Mc 3, 21). Jesús estaba muy consciente

de toda esta conspiración de desconfianza y aun de odio. A veces mostró ira ante las trampas que le tendían.

Esta presión del ambiente tiende hoy día a cohibir al apóstol cristiano en su predicación y, con mayor razón, en el ejercicio de los carismas. Estos llaman la atención y no son comprendidos. Fácilmente son interpretados como rarezas, fanatismos, ilusiones.

Por esto, es necesario pedir constantemente la libertad interior y la osadía. Solamente así podrá el cristiano percibir las invitaciones del Espíritu Santo y atreverse a actuar como instrumento fiel a Dios.

LA INSPIRACION

El carisma supone docilidad al Espíritu Santo; y la docilidad al Espíritu supone percepción de sus inspiraciones. Por esto, necesitamos comprender lo que es la inspiración, y ejercitarnos en percibirla.

Comunicación con Dios

La comunicación interpersonal consiste en un dar y recibir. Se dan y se reciben ideas, afectos, signos visuales, auditivos, táctiles (caricias), etc. Las mamás gozan aun con el olor de sus criaturas y les comunican toda clase de señales de afecto; también las reciben...

En nuestra comunicación con Dios, hay también un dar y un recibir. En el culto solemne, nuestro “dar” suele estar reglamentado: se leen las oraciones litúrgicas, se cumplen los ritos, se cantan los cantos... Pero el “recibir” no está reglamentado: Dios comunica luz al entendimiento, y afectos de amor, de paz, de fortaleza, etc. Son “inspiraciones” que nos tocan en el entendimiento, en las emociones, en la voluntad más profunda (el corazón), aun a veces en la sensibilidad auditiva, olfativa, visual. Así, hay personas que sienten aromas, oyen voces, ven imágenes de personas y de acontecimientos.

La oración es esencialmente comunicación. Por esto, el ejercicio de la oración es indispensable para el crecimiento de nuestra comunicación con Dios.

Solemos identificar la oración como una formulación conceptual, es decir, con oraciones ya escritas (Padre Nuestro, Ave María, otras oraciones que se repiten siempre de la misma manera), o con oraciones que nosotros improvisamos con nuestros conceptos y palabras. Pero la oración es más profunda que los conceptos. La oración consiste en una corriente de fe, de confianza, de amor. Un ateo puede repetir las palabras, pero no hace oración porque falta la comunicación profunda.

En el ejercicio de la oración, es importante que atendamos a esta comunicación profunda. Y notemos que ésta es imposible sin la gracia de Dios. San Pablo declara: “Nadie puede (con convicción) llamar a Jesús el Señor, sino por obra del Espíritu Santo” (1 Cor 12, 3). En efecto, nadie puede entrar en comunicación verdadera con Dios, sin la ayuda del propio Dios, quien nos capacita para creer y amar.

Si la oración es comunicación profunda, es posible orar con la ayuda de palabras, de gestos, de posturas de cuerpo, con bailes... Todas estas expresiones humanas pueden ser vehículos de nuestras actitudes interiores ante Dios: son lenguaje humano (y entre estos lenguajes está también la "oración en lenguas", de la que trataremos en el capítulo siguiente).

Comunicación de Dios

La comunicación de Dios a nosotros se llama "inspiración", porque es como un soplo que sale de él para tocarnos. En el Génesis leemos: "Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vida" (Gén 2, 7).

También leemos de Jesús que sopla, comunica aliento, y con esto comunica poder, que es nueva vida (Jn 20, 22).

El soplo vivificador se usaba en el sacramento del bautismo, como acción simbólica del sacerdote. Representaba el don del Espíritu Santo.

La "inspiración" de Dios no es un soplo de aire sino una comunicación perceptible para el que la recibe. Puede ser una información como la del ángel a Zacarías: "Tu mujer te dará a luz un hijo... Tu hijo irá delante del Señor..." (Lc 1, 13. 17); puede ser la comunicación de un poder como el viento impetuoso de Pentecostés sobre los apóstoles; puede ser una sensación de presencia como la que tuvo Elías a la entrada de la cueva del Horeb; o la presencia que sintió Abraham y que vio "como antorcha de fuego que pasaba por entre las víctimas divididas", en la noche de la pro-

mesa de Dios para con él (Gén 15, 17); puede ser el ánimo o la fuerza, como la que recibió Elías en el desierto y Jesús en la oración del huerto de Getsemaní.

La comunicación que viene de parte de Dios es siempre benéfica. Más que un don entregado a nosotros, es la acción del Espíritu que nos toca en forma perceptible. Por eso escribe San Juan: “Sabemos que permanecemos en Dios, por el Espíritu Santo que nos ha comunicado” (1 Jn 3, 23-24).

Discernimiento

Discernir significa distinguir, separar. Aquí se trata de descubrir el origen de nuestra inspiración para saber si viene realmente de Dios o si brota de nuestra propia naturaleza o aun si su origen es del demonio.

En la práctica: ante todo, oremos pidiendo ser “alineados” por Dios y armonizados con él, quien es todo santidad. Entonces sentiremos una paz especial y alegría cuando la inspiración es de origen divino; en cambio, sentiremos desarmonía, turbación, rechazo, cuando esa inspiración no viene de Dios. En este último caso, vendría de un espíritu maligno o de los impulsos desordenados de nuestra propia naturaleza. (Nótese que hemos indicado un método para discernir casos fáciles; para asuntos complicados se requiere mucha oración, consejo de otros, etc.)⁵.

Ejercicio

No basta comprender teóricamente las cosas. Es necesario tener experiencia de las inspiraciones de Dios.

Un camino práctico para tener una experiencia es el siguiente:

1º Pidamos a Dios que nos hable en su Sagrada Escritura. La Biblia es la palabra de Dios para todos los hombres de todos los tiempos, pero es también un instrumento con que Dios nos habla a cada uno personalmente, *cuando él quiere*. Este mensaje personal es lo que se llama el “sentido profético” de un texto bíblico.

2º Abramos la Biblia y comencemos a leer con respeto el texto sagrado. De pronto notaremos que algunas frases nos tocan el corazón de alguna manera especial. Sentimos que Dios nos está hablando a través de esas frases. Esas son inspiraciones de parte de Dios, y debemos discernir su mensaje, como hemos visto más arriba.

Notemos que Dios no está obligado a inspirarnos cuando *nosotros* queremos. Puede suceder que no sintamos ninguna inspiración en la página que estamos leyendo. Pasemos a otra. Si tampoco en otras páginas sentimos el mensaje de Dios, es señal de que, por ahora, Dios no quiere comunicarse con nosotros de esta manera.

Otro día, algún otro pasaje, que tal vez no nos había llamado la atención anteriormente, puede ser el vehículo para una inspiración de Dios.

Hay personas que gustan de abrir la Biblia al azar, poner el dedo en un texto y leerlo como si fuera necesariamente un mensaje de Dios. Esto es usar la Biblia como un instrumento de adivinación; ¡como si la Biblia pudiera ser manejada como los naipes del Tarot!

Muy diversa es la manera que hemos recomendado aquí. Leo el trozo para buscar si Dios me quiere tocar con alguna de sus frases. No se trata de tomar necesariamente, como mensaje divino para mí, el texto que tengo delante.

Además, es necesario advertir que muchos mensajes que anuncian calamidades son condicionados: "Nínive será destruida" significa: "Si ustedes no se convierten ni claman a la misericordia de Dios, Nínive será destruida". Dios no quiere la ruina del pecador, sino que se convierta y viva.

LA ORACION EN LENGUAS

Por su importancia en la práctica de los carismas, es necesario dedicar algunas páginas a este tema.

Lo que es

Al hablar de la oración, mencionamos diversas formas con las que podemos expresar nuestra comunicación con Dios, aun sin el uso de palabras. La genuflexión, la inclinación profunda, el uso del incienso pueden ser expresiones de adoración; el aplauso, las manos en alto, el baile pueden ser señales de alegría y de alabanza en honor del Señor.

Todas éstas son expresiones de un afecto interior. De la misma manera, la oración en lenguas es un lenguaje expresivo, un juego de sílabas que no tiene una traducción conceptual, pero sí un significado, ya que puede ser interpretado. Así como el ballet es un baile expresivo, la oración en lenguas es una manifestación expresiva de adoración, alabanza, súplica, acción de gracias...

La oración en lenguas es tan asequible a todo cristiano como la recitación del Padre Nuestro o Ave María. Por una parte, Dios da el deseo y la capacidad de entrar en comunicación con él; por otra parte, el hombre expresa su oración en sílabas que forman como un lenguaje íntimo, directo, del corazón del hombre al corazón de Dios.

Así entendida, la oración en lenguas no es un carisma al servicio de los demás, sino una gracia de oración que resulta en provecho del mismo orante.

Ventajas de esta oración

Es fácil comprender la ventaja de una oración que no tiene que formularse en conceptos y frases. ¡Cuántas veces decimos: “Me faltan palabras”, “No sé cómo expresar todo lo que siento”. Las lenguas brotan directamente del corazón; expresan todo lo que está allí. Se cumple perfectamente lo que dice Jesús: “De la abundancia del corazón habla la lengua”.

Por otra parte, aunque estemos fríos en lo emocional, cuando hay una voluntad de orar podemos comenzar a orar en lenguas. Las lenguas están sujetas a nuestra vo-

luntad de orar (y esa voluntad de orar es ciertamente una gracia de Dios). De allí que la oración en lenguas sea un medio para ponernos en oración, para “calentar el motor” de nuestro corazón. Lo que comienza con una voluntad fría, se convierte en una corriente de sílabas y de afectos y de comunicación de Dios.

Otra ventaja: precisamente porque el nivel de la oración en lenguas es preconceptual, no hay tanto peligro de distracciones. Estas suelen brotar de asociación de imágenes y afectos en un nivel más superficial.

Relacionada con esta ventaja hay otra que dice más con los carismas, y es ésta: la oración en lenguas produce en nosotros un “silencio conceptual” y permite así captar más fácilmente las inspiraciones de Dios. Dios nos habla en la conciencia, a que alude el Concilio Vaticano II: “El núcleo más secreto y el sagrario del hombre, en el que éste se siente a solas con Dios, cuya voz resuena en el recinto más íntimo...” (G.S. n. 16).

Por lo tanto, la oración en lenguas es uno de los mejores medios para ponernos a la escucha de Dios. De esta manera, nos dispone para percibir las inspiraciones y los carismas que son regidos por las inspiraciones del Espíritu Santo en nosotros.

Modo de adquirir esta oración

Toda oración es gracia de Dios: solamente con la acción de él puede una simple creatura entrar en comunicación con la infinitud del Creador. Pero Dios no niega su

gracia al hombre que desea orar. Por eso está en nuestra mano orar a Dios con nuestras propias palabras o con una oración ya formulada, como nos lo propone Jesús al enseñarnos el Padre Nuestro.

La forma de la oración no es lo más importante; lo esencial es la voluntad humana invitada por Dios para comunicarse con él. Por esto, la oración en lenguas es siempre posible, como lo son también otras formas expresivas.

Generalmente la oración en lenguas brota espontáneamente en una situación de mucha alabanza; pero puede también comenzar con un juego deliberado de sílabas: alabando a Dios con sílabas como si le estuviéramos tirando flores o incensando. Al principio este ejercicio requerirá que atendamos a las sílabas, después atenderemos más bien al amor y a la alabanza que están expresados con esas sílabas; nuestra atención se centra en la corriente de amor que brota del corazón. Por eso, la oración en lenguas no está en los labios sino en el corazón.

Ejercicio práctico

- 1º Pedir a Dios la gracia de poder alabarle con lenguas.
- 2º Comenzar a alabar en voz alta, a Dios en castellano; y luego pasar a usar sílabas o palabras como: hosanna, aleluya... repitiéndolas y mezclando con otras, hasta que las sílabas vayan brotando con facilidad como de una fuente.
- 3º Dedicar cada día unos 10 minutos para orar en lenguas. La atención se despegará de las sílabas y atenderá a la

comunicación. Como diría san Ignacio: se atiende a la grandeza de Dios a quien nos dirigimos, a la pequeñez de la persona que ora, a la inmensa gracia de poder comunicarnos con Dios.

Orar en lenguas siempre que queramos conocer si una inspiración viene de Dios. Orar en lenguas nos sintoniza con Dios; si la inspiración viene de Dios, armoniza con nuestro clima interior y sentimos paz y alegría. Una inspiración que no viene de Dios desaparece o produce turbación en un clima interior de oración.

Orar en lenguas siempre que deseemos recibir un “carisma de pensamiento”. (Ya los veremos en el capítulo siguiente). La oración en lenguas despeja nuestro interior; y Dios nos comunicará su palabra, si ésta es su voluntad.

CARISMAS DE PENSAMIENTO

En la primera epístola a los Corintios, San Pablo habla de los “dones espirituales” (carismas). Nos dice que “hay diversidad de dones... para diferentes servicios a los hermanos”. Son “energías” u operaciones diversas de Dios, pero “Dios, que hace todas estas cosas, es el mismo”. Son manifestaciones del Espíritu Santo “para provecho de los hombres” (1 Cor 12, 4-7).

Después compara los carismas a los diversos órganos de un cuerpo humano. Los ojos, los oídos, las manos, los pies... tienen todos una actividad diversa y característica de cada órgano; pero todos sirven en provecho del cuerpo en su conjunto.

Aquí vemos la diferencia entre las gracias de santificación y los carismas. Todos son regalos o gracias de Dios,

pero los primeros contribuyen a la transformación progresiva del cristiano para que Cristo se forme en él; los segundos son capacidades para el servicio del hermano.

Trataremos aquí de tres carismas que menciona San Pablo; son los llamados “carismas de pensamiento”.

La palabra de ciencia

Este carisma es una información inspirada por Dios. Los psicólogos pueden hablar de intuición; los parapsicólogos, de telepatía; el cristiano que vive su entrega a la voluntad de Dios y está en un plano de servicio al hermano, puede confiar en que Dios es el origen último de la “palabra de ciencia”.

Pongamos algunos ejemplos: el sacerdote P. Casimiro (por ponerle un nombre) frecuentemente observa a personas que se confiesan con él: “Pero usted no se ha confesado de tal cosa”, “Usted dice que cometió ese pecado una vez, pero fueron más de una vez”. Dios lo ilumina; ayuda a las personas para superar la timidez o turbación en ese momento y para hacer una buena confesión.

El P. Emiliano Tardif suele hacer una oración de sanación y luego añadir “palabras de ciencia”. En una ocasión le oí decir: “Aquí hay un niño sordomudo de 12 años que está oyendo por primera vez”; y pude constatar que así era. Estos anuncios fortifican la fe de todos los asistentes, hacen “palpar la acción de Dios”. También animan a la persona agraciada para que acepte su sanación como gracia de Dios, y colabore de su parte para llegar a una sanación completa.

Una palabra de ciencia ilumina la mente anunciando la solución de un problema o sugiriendo la interpretación de una visión (o de un sueño) o informando sobre un acontecimiento lejano. Las explicaciones psicológicas y parasicológicas pueden ser satisfactorias en un plano racional, pero no invalidan una explicación más profunda: Dios es omnisciente y nos comunica muchas veces una información útil y oportuna.

Una palabra de ciencia

El 7 de enero de 1994 hubo una ceremonia de sanación por los enfermos en Valleta (Isla de Malta). Dirigía el Dr. John. Este recibió una palabra de ciencia, y anunció: "Se está sanando un joven que tenía una antigua dolencia en su rodilla. El joven se llama José". Nadie se presentó. Volvió el Dr. John a hacer el mismo anuncio. No hubo respuesta.

Al término de la ceremonia, se adelantaron dos jóvenes fornidos y explicaron al Dr. John lo que había sucedido. Estos jóvenes eran amigos de José. Estaban de pie, al fondo de la sala con José, cuando de repente éste cayó al suelo. Creyendo que se había desmayado, lo sacaron fuera y lo llevaron a su casa. Por eso no oyeron el llamado del Dr. John.

José no se había desmayado, sino que estaba en un reposo del Espíritu Santo. Cuando volvió en sí, estaba sanado de la rodilla, pero tan emocionado que no se animó a volver al templo. Envió a sus dos amigos para explicar lo que había sucedido⁶.

Palabra de sabiduría

La palabra de sabiduría es una moción que nos indica qué hacer, cómo actuar. El sabio no es simplemente el más informado, sino el hombre que da mejores consejos.

En el libro de los Proverbios se hace el elogio de la sabiduría, atributo de Dios y don que él hace al hombre, imagen de Dios. Debemos pedir la sabiduría para saber cómo proceder.

En Jesús vemos una sabiduría que lo orienta siempre en sus actuaciones: qué hacer, qué decir, cómo actuar. Algunos pasajes del Evangelio son especialmente notables: en Mt 22, 15-22, Jesús pide una moneda, para responder luego: "Den al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios"; en Mt 17, 24-27, leemos su solución al pago del impuesto del templo: él, como Hijo de Dios, es dueño del templo; no está obligado al pago del impuesto; pero "para no ofender" instruye a Pedro que eche el anzuelo, encuentre en la boca del primer pescado una moneda, y pague por los dos, Pedro y Jesús.

Hay personas que poseen un don permanente de sabiduría (es uno de los siete Dones del Espíritu Santo y crece en nosotros como gracia de santificación); hay quienes reciben un carisma de sabiduría, como gracia, propia de su oficio en el Cuerpo de Cristo, como es el caso de un Obispo, un juez cristiano, un abogado, médico, maestro... Estos están llamados a vivir en receptividad a las mociones de Dios. Las "palabras de sabiduría" se dan también ocasionalmente a las personas que las necesitan en un servicio para el hermano.

Hagamos la prueba. Ante problemas complicados cuya solución se nos escapa, pidamos con constancia cada día una palabra de sabiduría. Comprobaremos la promesa del Señor (Lc 18, 1-8). También en problemas más sencillos, pidamos: “Señor, dame tu sabiduría para saber cómo actuar” (cfr. Sant 1, 5-6).

Discernimiento de espíritus

Este carisma consiste en reconocer con luz divina el origen de los pensamientos, deseos y acciones que podrían venir de Dios o de un espíritu malo.

Hay mociones que son tan manifiestamente malas que no se necesita un carisma para detectar su origen y para rechazarlas de plano. Pero hay también invitaciones a un bien aparente que no vienen de Dios sino del espíritu de las tinieblas.

San Juan escribe: “No crean a todo espíritu, sino prueben los espíritus” (1 Jn 4, 1). Hay reglas de discernimiento que pertenecen a la prudencia cristiana y aun al carisma de sabiduría, pero existe también este carisma de discernimiento, que da la capacidad para distinguir intuitivamente lo bueno y lo malo. A veces esta distinción se manifiesta por colores o por olores o por sonidos o por sensaciones físicas.

El ámbito de este carisma es amplio, ya que abarca el discernimiento de aspiraciones y de proyectos (pueden ser buenos en sí mismos pero no son lo que quiere Dios en ese momento), de doctrinas, de personas y de sus actitudes, de carismas (¿son realmente inspirados por Dios?).

La última palabra en el discernimiento para orientación de la Iglesia pertenece ciertamente al Obispo, como lo indica el Concilio Vaticano II (L. G. n. 12) y lo recuerda Juan Pablo II⁷; pero esto no impide que el Señor confiera el carisma cuando quiera aun a los más humildes e iletrados, y habitualmente a los grupos reunidos en su nombre (cfr. Mt 11, 25-26; 18, 20).

Siempre debemos tener presente que el discernimiento, quizás más que los demás carismas, necesita un alma muy purificada, porque somos tan fácilmente influenciados por temores, intereses, prejuicios, presiones... Hay una afinidad especial entre las bienaventuranzas y el discernimiento (cfr. Mt 5, 3-8; Sof 3, 11-13).

El carisma de discernimiento es un caso particular del carisma de ciencia y está relacionado con la sabiduría, ya que las invitaciones de la inspiración piden una respuesta de nuestra parte. Por esto, las líneas divisorias entre uno y otro de los carismas de pensamiento no son siempre netas. Pero esto no tiene mayor importancia⁸.

Visiones, locuciones...

Estas no son carismas especiales, sino una manera de recibir las mociones de Dios. Dios nos habla de muchas maneras: por sueños, por imágenes mentales (que serán más o menos intelectuales, imaginativas, emocionales, aun exteriormente sensibles), por palabras que se oyen interiormente o aun exteriormente, por sensaciones musculares, por olores, por músicas, etc.:

Los carismas de ciencia, de sabiduría, de discernimiento pueden revestir todas estas formas, y muchas más. De alguna manera, la gracia de Dios debe hacer impacto en nuestro cuerpo o en nuestro siquismo. De allí la importancia de preguntar: "Señor, ¿qué quieres tú decirme con esto?".

Ejercicios

Es posible ejercitar la receptividad a estos carismas. Solamente Dios es el dueño de ellos, y los da cuando él quiere en su infinita sabiduría; pero, de hecho, él los da con más frecuencia de la que nos imaginamos. No somos conscientes de ellos por nuestra superficialidad y dispersión.

Por otra parte, si nos abrimos a los carismas con las llaves que explicamos en el Capítulo III, podemos estar seguros de que percibiremos muchos de estos carismas.

Para ayudar a esta apertura, hagamos los ejercicios siguientes:

- 1º Pedir al Señor que aumente en nosotros el deseo del bien de los demás, y el deseo de servirles, confiando en que ponemos lo que está de nuestra parte, pero que es Dios quien hace la obra.
- 2º Pedir la gracia de estar atentos a las necesidades de los demás, pero también a la moción interna de acudir nosotros con nuestra ayuda. No estamos llamados a remediar todos los males, pero sí a aportar nuestra parte. ¿Cuándo sí; cuándo no? Aquí pedimos (y recibimos) palabras de sabiduría.

Si pedimos cada día esta apertura a las mociones de Dios, sentiremos esas inspiraciones. Será penetrar en un mundo interior de comunicación con Dios, quien nos llama a trabajar en su Reino. Como portadores del Evangelio del amor de Dios para los hombres, él nos iluminará con palabras de conocimiento, palabras de sabiduría, discernimiento de espíritus.

Es lo que Cristo prometió: “El Espíritu Santo los conducirá a ustedes a la verdad” (Jn 16, 13).

PROFECIA Y ENSEÑANZA

“Yahvé dijo a Moisés: Mira... tú dirás todas las cosas que yo te mando... y Aarón tu hermano será tu profeta” (cfr. Ex 7, 1-2). Aquí vemos que la profecía consiste en un mensaje de parte de Dios.

San Pablo escribe: “El que profetiza habla para edificación, exhortación y consolación” (1 Cor 14, 3), porque las palabras de Dios son siempre para provecho del hombre.

Valor de la profecía

Dada la función de la profecía, era el carisma que más apreciaba San Pablo. Exhorta a sus cristianos: “Procuren

los dones mejores" (1 Cor 12, 31), "Procuren los dones espirituales, pero sobre todo que ustedes profeticen" (1 Cor 14, 1); "El que profetiza, edifica a la Iglesia", es decir, a la asamblea del Pueblo de Dios (1 Cor 14, 4).

Y recordemos que la eficacia de la profecía no es una eficacia puramente humana (profundidad del pensamiento, belleza de la forma, fuerza emocional...). La eficacia viene de la acción de Dios en el corazón de los oyentes.

Esto lo había constatado ya Pablo cuando fue a predicar en Corinto. Recuerda: "Estuve entre ustedes con debilidad y mucho temor y temblor; y ni mi palabra ni mi predicación fue con palabras persuasivas de humana sabiduría, sino con demostración del Espíritu y de poder, para que la fe de ustedes no esté fundada en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios" (1 Cor 2, 3-4).

Una profecía

En el encuentro internacional de la Renovación Carismática (Roma 9-14 de octubre de 1989), la Hna. Nancy Kellar recibe y transmite esta profecía: "Sean ustedes lo que son. Sean una Renovación Carismática que opere con los carismas. Sean lo que yo los he llamado a ser"⁹.

Con este ejemplo comprenderemos lo que suele ser el fruto de las profecías en un grupo. En la mayor parte de los casos, no se trata de revelar un hecho futuro ni un secreto. La profecía suele interpretar lo que Dios inspira a la asamblea, es decir, la presencia del Señor, su amor y cuidado por nosotros, el ánimo que nos da, la orientación del Espíritu Santo en nuestras vidas.

“El que profetiza habla a los hombres” de parte de Dios; por eso la profecía es vehículo de una gracia divina que lleva efectivamente a los oyentes “para edificación, exhortación y consolación” (1 Cor 14, 3). Por eso apreciaba tanto San Pablo este carisma.

Carisma de enseñanza

Una forma de profecía es ciertamente la enseñanza, porque ésta pertenece a los apóstoles que son enviados por Jesús mismo a llevar su doctrina “a todas las naciones” (Mt 28, 19-20). Los apóstoles habían recibido el encargo de difundir “la palabra de Dios” (Hch 6, 2); y en cada lugar iban instituyendo ministerios para la vida cristiana de las comunidades. Uno de estos ministerios era la enseñanza.

Hemos visto que a cada ministerio corresponden carismas, más o menos permanentes, para el buen desempeño del ministerio. Si bien el carisma de la profecía suele ser un carisma ocasional, el carisma de la enseñanza corresponde al que tiene este especial servicio en la comunidad.

Nivel de la enseñanza

Hay diversos niveles y géneros de enseñanza. ¿Qué clase de enseñanza merece el carácter de ministerio en una comunidad cristiana?

Por la materia y método empleado, hay enseñanzas que afectan muy poco a la vida de los alumnos. Pensemos

en asignaturas técnicas, matemáticas y científicas. En ellas el alumno adquiere conocimientos que no tocan las relaciones con Dios, con el prójimo ni consigo mismo. En cambio, hay asignaturas que afectan las actitudes personales del alumno si se presentan, no solamente como información, sino también como valores que necesitamos observar.

Así, el mensaje de Cristo podría ser expuesto en un nivel puramente informativo, intelectual, como podría ser explicada la religión de los antiguos egipcios con su adoración del sol y con sus múltiples símbolos. Esa enseñanza no afectaría la vida del oyente. O bien se presenta el mensaje de Cristo como una realidad que nos interpela hoy día a cada uno de nosotros.

Enseñanza y testimonio

Jesús habló del testimonio: “Ustedes darán testimonio de mí... hasta los confines de la tierra” (Hch 1, 8). También Pedro, cuando le explicó a Cornelio: “Somos testigos de todas las cosas que Jesús hizo en la tierra de Judea y en Jerusalén... Y él (resucitado) se manifestó no a todo el pueblo sino a nosotros, los testigos que Dios había ordenado... Y nos mandó que predicásemos y testificásemos...” (Hch 10, 39-40).

El testimonio introduce, a la enseñanza o a la predicación, un elemento personal: “Estábamos con él; comimos y bebimos con Jesús resucitado; vivo yo, pero ya no yo; es Cristo quien vive en mí” (cfr. 2 Pe 1, 16-18; Hch 10, 41; Gál 2, 20).

El testimonio puede ser explícito, de palabra, como los ejemplos que acabamos de leer; pero también y más convincente es el testimonio de vida. Cuando un cristiano ha sido tocado por Dios para cambiar de vida, y para irradiar a Cristo no solamente con su palabra sino con toda su conducta y con la paz y alegría que irradia, entonces su palabra es apoyada por una transformación que solamente puede ser del Espíritu Santo; y su predicación o enseñanza se convierte en canal de vida que afecta a los oyentes.

Ejercicios

Hay diversos ministerios que tienen como rasgo común la transmisión de un mensaje de Dios: la profecía suele ser un servicio ocasional de edificación, exhortación, consola-ción del grupo; la evangelización es la difusión de la "Buena Noticia", o sea, la revelación del amor de Dios a nosotros y de nuestra salvación a través de Cristo; la predicación y la enseñanza incluye la evangelización y abarcan también al conjunto de nuestra fe.

La enseñanza pone el acento en la comunicación de la verdad; la predicación añade el aspecto de motivación para dejarnos transformar por la gracia de Dios

Profecía, evangelización y enseñanza: todos estos servicios o ministerios tienen en común la comunicación de un mensaje del Señor, una palabra viva que penetra en el corazón ajeno porque es vehículo de una palabra del Señor. De nosotros no depende esta eficacia de la palabra divina. De nosotros depende dar un testimonio junto con la palabra que comunicamos; y este testimonio es nuestra con-

vicción. Lo que decimos, lo creemos y lo practicamos. Esta convicción se transmite sin que lo necesitemos controlar: por el timbre de voz, por todo nuestro ser.

Por esto, un ejercicio de estos carismas contiene los pasos siguientes:

1º Pedir a Dios ser testigos por nuestra vida y por nuestra palabra.

2º Pedir la gracia de poder comunicar el mensaje de Dios con osadía: en el grupo de oración (profecía), en la enseñanza, en la predicación y evangelización.

3º No perder las ocasiones de irradiar a Cristo, con un deseo sincero del bien del hermano.

LENGUAS E INTERPRETACION

San Pablo escribe: Dios da “a otro diversos géneros de lenguas; y a otro, interpretación de lenguas” y de estos carismas, como de los demás, observa después que “todas estas cosas las hace uno y el mismo Espíritu, repartiendo a cada uno en particular como él quiere” (1 Cor 12, 10-11).

El carisma de lenguas -

En el capítulo VI tratamos de la comunicación con Dios que puede tomar la forma de oración en lenguas. Esa oración es una gracia de oración, una gracia en que, como en toda oración, el Espíritu Santo nos capacita para orar; aun más: “el Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios” (Rm 8, 16).

Esa oración es de inmenso valor, y podemos abrirnos a ella en todo momento, así como en todo momento podemos rezar el Padre Nuestro y comunicarnos con Dios por medio de esa oración.

Pero una cosa es la oración en lenguas y otra es el carisma de lenguas. El carisma de lenguas es una iniciativa de Dios, una moción para hablar en lenguas, con un contenido inspirado por el mismo Espíritu para bien de la comunidad. Cuando es Dios quien realmente inspira esta manifestación, la comunidad siente su presencia y acción, se pone alerta para saber su contenido y recibe con alegría su interpretación.

La interpretación

Ante todo, notemos que no se trata de “traducción” sino de interpretación, porque las lenguas no contienen un mensaje formulado en conceptos mentales, sino un mensaje comunicado en forma expresiva.

Así como el ballet es un movimiento con lenguaje expresivo y puede ser interpretado como expresión de amor, de pesar, de desesperación, de alegría, de entusiasmo... así también el mensaje en lenguas tiene un significado que pide ser interpretado para bien de la comunidad. Cualquiera persona que contempla un ballet y que tenga sensibilidad, puede interpretar el sentido del ballet; pero no cualquiera persona que escucha un mensaje en lenguas puede interpretarlo para los demás. Se necesita una inspiración.

Esta interpretación inspirada se presenta en la mente del intérprete o bien como una frase completa y terminada,

o bien en forma incompleta que se va completando, o bien como una imagen, o de otras formas. Como no se trata de traducción sino de interpretación, puede suceder que dos interpretaciones se enriquezcan para dar el sentido completo al mensaje de Dios.

Al hablar de mensajes divinos no negamos que se den elementos humanos para explicar estos fenómenos de lenguas e interpretación. El contexto suele ser el de una asamblea que ha llegado a una unidad profunda de fe y sentimiento, gracias a los cantos, la oración, la convicción de la presencia de Dios.

Esta unidad emocional favorece el que uno de los presentes se exprese en lenguas en armonía con esa unidad, y que otro de los presentes interprete esas lenguas con palabras que respondan a esa unidad. Hay en todo esto una ley de armonía que permite que la asamblea se reconozca expresada en lenguas y en su interpretación. Pero esta explicación psicológica no agota la realidad. De ninguna manera sirve para excluir la acción divina. ¿No prometió Jesús: “Donde hay dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos (Mt 18, 20)”?

Un par de ejemplos

Durante una oración compartida, un sacerdote, el P. Miguel O’Boyle, se sintió fuertemente movido y pronunció una profecía en lenguas. Una señora, Silvia Fuentes, vio una luz (me dijo que era como un foco eléctrico) y sintió una orden interior: “Di...”. Ella que no tenía experiencia en estas cosas, no se atrevía; cerraba los ojos, los abría, y to-

davía veía la luz. Entonces pronunció las palabras que le brotaban de dentro; desapareció la luz y ella quedó inundada de emoción y de lágrimas (conversé con ella apenas terminó la oración).

En otra ocasión, al producirse una profecía en lenguas, pedí al Señor una imagen. Esta me ayudó a confirmar la interpretación que se dio, y aun a completarla. Otro de los presentes me confirmó que había sentido incompleta la primera interpretación.

Ejercicios de lenguas e interpretación

Desde luego notemos el cuadro en que se dan estos carismas: un grupo de oración; un grupo que ha logrado una unidad profunda en esa oración; un silencio recogido en que puede brotar el carisma de lenguas y el de interpretación.

Para abrírnos a estos carismas, pongamos, con la gracia de Dios, las condiciones favorables y confiemos en que Dios nos inspirará.

Evitemos por una parte la timidez; pero por sobre todo evitemos la banalización en que, por rutina, se produce un silencio, una o dos personas (siempre las mismas) pronuncian algunas palabras en lenguas, otras (y siempre las mismas) dan interpretaciones "de cajón". Estos carismas son valiosos, y deben ser tratados con mucho respeto.

El respeto no significa una sobrevaloración. Hay manifestaciones de Dios que son realmente extraordinarias, y

se dan pocas veces. Pero hay también manifestaciones de "menor cuantía", más frecuentes y comunes (cfr. Conc. Vat. L. G. n. 12) que no dejan de contribuir al crecimiento del Pueblo de Dios. Son manifestaciones tangibles de la presencia y amor de Dios. Podemos ejercitarnos y estar dispuestos para recibirlas. De Dios depende el dárnoslas.

TRES LLAVES DE PROGRESO

Hemos hablado ya de tres llaves de servicio: el amor, la confianza en Dios y una santa libertad u osadía. Son llaves que nos abren a la recepción y ejercicios de los carismas.

Pero una vez que estemos abiertos a los carismas, pueden producirse en nosotros desviaciones que nos hagan menos aptos para recibir y para responder plenamente a los planes de Dios. Por eso exponemos aquí tres llaves para progresar en el camino de los carismas.

La pureza de intención

San Pablo escribe a los Gálatas: "¿Tan necios son ustedes? Habiendo comenzado por el Espíritu, ¿ahora van a

acabar por la carne?" (Gál 3, 3). El contexto es diferente pero podemos aplicar esas palabras aquí.

En efecto, los carismas son dones de servicio, por los que Dios quiere beneficiar directamente a nuestros hermanos, no tanto a nosotros que somos los canales por donde Dios los beneficia. Así, una profecía es mensaje de Dios para los oyentes, no tanto para el profeta; las palabras de ciencia o de sabiduría son para poder servir mejor al hermano, no para provecho del que las recibí.

Pero sucede con frecuencia que el servidor de los hermanos comienza a sentirse importante, como si los dones que le da Dios para servicio de ellos, fueran cualidades o méritos del mismo servidor. Así, en vez de ser el que lava humildemente los pies del hermano (como nos lo enseñó Jesús), el servidor se siente privilegiado, poseedor de capacidades milagrosas, enaltecido por Dios ante los hombres.

Entonces, se ambicionan los carismas para provecho propio, se actúa para distinguirse; en vez de ser servido del hermano y, sobre todo, servidor de Dios, buscando la voluntad de él, se vuelve egocéntrico, guiado por los propios impulsos de ambición y de vanidad. "El alma está aprisionada mientras no sea liberada por un decidido objetivo espiritual" de servicio a Dios. "La vida comienza con la muerte de los deseos egoístas"¹⁰.

Las pasiones egocéntricas siempre tenderán a desarrollarse; por esto, para progresar en nuestra vocación de servidores, necesitaremos pedir la gracia de afirmarnos en el objetivo. "El amor no busca lo suyo, no se envanece, n

es jactancioso” (1 Cor 13, 4-5); como Jesús, con la gracia de su Espíritu, hemos de decir: “No hemos venido para hacer nuestra voluntad sino la voluntad del que nos envía” (cfr. Jn 6, 38).

La entrega de sí mismo

El olvido de sí mismo es otro aspecto de la entrega a un objetivo que es la voluntad de Dios.

En su epístola a los Filipenses, Pablo recuerda las ventajas adquiridas por su nacimiento, su educación y su celo juvenil en favor de las fuerzas tradicionales de su país. “Pero cuantas cosas eran para mí ganancia, las he estimado como pérdida por amor de Cristo... Lo he perdido todo y lo tengo por basura, para ganar a Cristo...” (Flp 3, 7-8).

Esta generosidad de Pablo se evidencia en su apostolado: “como ministro de Dios”; se entrega “en mucha paciencia, en tribulaciones, en necesidades, en angustias; en azotes, en cárceles, en desvelos, en ayunos; en pureza, en ciencia, en generosidad, en rectitud, en docilidad al Espíritu Santo, en amor sincero para con los hermanos...” Esta entrega lo lleva por caminos “de honra y deshonra, por mala fama y por buena fama... como entristecido, pero siempre gozoso, como pobre, pero enriqueciendo a muchos, como no teniendo nada, pero poseyéndolo todo” (cfr. 2 Cor 6, 4-10).

Porque se ha entregado enteramente al servicio del hermano, dentro de la voluntad de Dios, Pablo goza de libertad interior y exterior.

Así también ha de proceder el servidor del hermano para estar abierto a los carismas. El olvido de sí mismo para ser instrumento escogido “para la obra de Dios”: ésta es una llave indispensable para todo progreso.

Desprendimiento de los resultados

La pureza de intención, la entrega de sí mismo a la voluntad de Dios, el desprendimiento del bien que buscamos para los demás, son disposiciones complementarias en el que “busca ante todo el Reino de Dios”: “Venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo”.

A veces el mismo ardor con que buscamos el bien espiritual del hermano es un obstáculo para la voluntad de Dios. Dios tiene sus tiempos y sus maneras; nosotros no debemos aferrarnos tanto a nuestras buenas intenciones que resulte una voluntad de imponer nuestros caminos a Dios.

Busquemos sí el bien del hermano y de la comunidad, hagamos lo que está de nuestra parte para que resulte ese bien; pero recordemos que el bien espiritual depende exclusivamente de Dios. “Uno es el que siembra, otro el que riega, pero el crecimiento lo da Dios exclusivamente” (cfr. 1 Cor 3, 7-8); y él sabe el cómo y el cuándo.

Conclusión

Cuando nos inquietamos por los resultados de nuestros esfuerzos, ¿realmente nuestra intención es pura, o nuestro

amor propio se ha entrometido en la obra? Cuando nos angustiamos por la respuesta de Dios a nuestras oraciones, ¿estamos dudando de su buena voluntad o de su sabiduría?

Pidamos la gracia de soltar realmente en las manos de Dios los objetos de nuestras oraciones, los resultados espirituales de nuestros trabajos, todo lo que sea problemas y preocupación. Renunciemos a controlar demasiado las cosas y las personas.

· El crecimiento en el ejercicio de los carismas está ligado a estas tres llaves: la pureza de intención, la entrega de nosotros mismos a la voluntad de Dios y el desprendimiento de los resultados de nuestra labor. Los resultados pertenecen a Dios.

CARISMAS DE ACCION

En su epístola a los Romanos, Pablo menciona “diferentes dones según la gracia que nos es dada” y entre ellos: el de servicio, el de presidir, el de repartir ayudas, el de auxiliar (como el buen samaritano) (cfr. Rm 12, 6-8). En realidad, los carismas de acción son innumerables; comenzaremos con los tres que incluye Pablo en su lista de 1ª Corintios 12.

Milagros

El milagro, según su etimología, es un evento que causa admiración. Corresponde a “los signos y prodigios” que pedían a Dios los primeros cristianos para confirmación de la predicación de los apóstoles (cfr. Hch 4, 29-30). “Prodi-

gio" significa algo extraordinario, que llama la atención, que no tiene explicación humana; "signo " indica que el prodigio es señal de una intervención divina, y de una confirmación de la predicación apostólica.

En los evangelios aparecen muchos milagros: resurrección de muertos (Jn 11, 43-44; Lc 7, 14-15; Mc 5, 35-43); curación milagrosa de enfermedades (Mt 8, 2-3; Mc 7, 33-35; Lc 4, 40-41); expulsión instantánea de demonios (Mc 9, 25-27; Mt 8, 28-34); apaciguamiento de la tempestad (Mc 4, 37-41); ambulación sobre las aguas (Mt 14, 25-29); multiplicación de los panes y peces (Mt 14, 16-21; Mc 8, 6-9).

También se dan milagros en los Hechos de los Apóstoles y a través de la historia de la Iglesia hasta nuestros días.

Para que se hable de milagro, deben darse señales de que la obra sea claramente de Dios: por lo que sucedió, por la manera como sucedió, por el contexto religioso en que sucedió. El milagro debe ser señal de una intervención de Dios. Por lo tanto el milagro es llamativo, extraordinario e inexplicable para la ciencia.

Por lo dicho, se comprende que no son milagros los prodigios de la naturaleza, a pesar de su grandeza o belleza o carácter de desacostumbrado. Tampoco son milagros los prodigios reconocidos por la fe pero invisibles a nuestros sentidos, como la infusión y acción del Espíritu Santo en los sacramentos, las gracias recibidas en ellos por los cristianos, la transubstanciación del pan y vino en la humanidad resucitada de Cristo.

Como se ve, por definición los verdaderos milagros son pocos y llamativos; por lo tanto: no podemos abrirnos a

ellos y colaborar con su realización como lo hacemos con otros carismas. Podemos pedirlos cuando nos sintamos inspirados a hacerlo; y se dan los “minimilagros” que fácilmente pasamos por alto porque los atribuimos a coincidencias o “buena suerte”.

Para el cristiano, Dios es un Padre siempre presente, amante, providente, poderoso y sabio. No cae un pajarito en tierra sin que él lo sepa; viste las flores del campo; ¿con cuánta mayor razón cuida de nosotros? (cfr. Mt 6, 25-34). Por tanto debemos confiar en él, acudir a él, poner en sus manos nuestros problemas, perseverar en la oración, y saber reconocer sus intervenciones siempre tan pedagógicas para nuestro bien. “Todo contribuye al bien de los que buscan a Dios” (Rm 8, 28).

Para este espíritu de fe con el que descubrimos la acción amorosa de Dios en todas las circunstancias de nuestra vida, no hay mejor ejercicio que el que propone San Pablo cuando escribe: “¡Regocijense siempre en el Señor! lo repito, ¡regocijense! La alegría y amabilidad de ustedes sean conocidas por toda la gente. El Señor está cerca de ustedes. No anden angustiados por nada, sino tengan sus problemas presentes en las manos de Dios por la confianza y la súplica, con acción de gracias siempre por todo” (Flp 4, 4-6; Ef 5, 20).

Un milagro de hoy

El 27 de febrero de 1994, a las 19 hrs., María Alejandra vuelve a casa con su familia. Iban bordeando un lago profundo en Neuquén (República Argentina). Como a 150 me-

tros de ella, ve a su hijito Iván de 3 años y 10 meses de edad. Está corriendo por la pendiente para atrapar una pelota.

María Alejandra grita desesperada porque ve que Iván va a caer al lago. El cae efectivamente; un momento después aparece su cabeza, un bracito, y se sumerge en lo profundo.

María Alejandra clama a Dios, otra vez iba a perder un hijito; se imagina tirándose al agua para sacar a Iván, pero ella no puede nadar y serían dos muertes en vez de una. Además quedarían los cuatro niños restantes sin madre. Está tan desesperada que no puede correr. Una hijita, Carolina, de 11 años, corre hacia el lago.

En eso María Alejandra ve surgir a Iván, como quien va caminando con los brazos extendidos hacia adelante. Carolina le pasa una mano y el niño sale del agua.

Dos días después, María Alejandra está en su cuarto con la Biblia abierta y unas imágenes piadosas sobre la cama. Entra Iván y, apuntando a una imagen del ángel de la guarda, dice: "Ese es el que me sacó"... "Sí, allí estaba Jesús, y los tres papás de Jesús, con alas de mariposa"... "Jesús estaba con un manto amarillo y tenía en una mano una pelota grande y brillante; en la otra mano tenía varios pescaditos; uno más grande".

(He puesto los verdaderos nombres y los detalles dados a mí por María Alejandra, un mes después de los hechos).

Carisma de fe

Jesús asoció muy frecuentemente la fe con los milagros. En varias ocasiones exclamó: "Grande es tu fe"; "hágase según tu fe"; "no he encontrado tanta fe en Israel". A los discípulos les insistió: "Les digo que sucederá todo lo que pidieren orando y creyendo que sucederá" (Mc 11, 24).

Esta frase no puede significar que el milagro dependa simplemente de un deseo nuestro, o de una ilusión, o de una credulidad, o de una autosugestión. La explicación debe ser otra; y se nos presentan dos:

1) Al pedir algo a Dios, presentamos nuestra súplica pero siempre confiamos todo el problema a su bondad y sabiduría. Él sabe lo que más conviene. No podemos imponer nuestros deseos, sino exponerlos y pedir su solución. Una petición hecha en esta forma siempre es oída por Dios y siempre es respondida. Procedemos por fe teológica.

2) Al pedir algo a Dios, él revela a veces su intención de conceder lo que pedimos. Debemos entonces aceptar esa indicación, insistir en nuestra petición, convencidos de que Dios ya está accediendo a lo pedido. Esta es la fe carismática.

Algunos ejemplos nos ayudarán¹¹:

1) Por el año de 1973, más o menos, el pueblo de Granby en Canadá, sufría de falta de agua. El P. Jean Paul Regimbal tuvo una inspiración de que llovería si se hacía una súplica pública. Comprendió además que si obtenía los

permisos necesarios para la asamblea esto sería una señal confirmatoria de la voluntad de Dios. Se realizó la asamblea y cayó la lluvia salvadora.

2) El Dr. Madre siente, en una oración de sanación, que Dios quiere sanar a una paralítica que está allí presente. Ora con ella y se produce cierta mejoría; ve allí la señal que confirma su fe carismática. Sigue orando para que sigan las señales y también para que la enferma pase de una fe teológica ("Dios siempre quiere nuestro bien") a una fe carismática, don especial de Dios ("Creo que en este caso Dios quiere sanarme"). Se produce la sanación.

Podemos ejercitar esta fe carismática buscando confirmaciones objetivas que sean para nosotros señales de la voluntad de Dios. Gedeón pidió tales señales a Dios, y se convenció de que Dios estaba con él en la lucha contra los madianitas (Jue 6, 36-40); otros piden un texto bíblico que sea claramente confirmatorio. Jesús nos dijo que debíamos interpretar los signos de los tiempos.

Es necesario advertir que la fe carismática es un carisma que supone una espiritualidad madura, porque es fácil engañarse en esta materia con ilusiones y autosugestiones. El mismo Dr. Madre ve en este carisma un carisma de grupos maduros. Antes de volar, hay que aprender a andar. Por esto pidamos mucha sabiduría y las tres llaves de sanación que describiremos más adelante.

Dones de sanidades

Así los presenta San Pablo: en plural, porque son muchas y diversas las dolencias, de modo que son también

muchos y diversos los dones de sanación. Dios da cada sanación; no da un poder ilimitado para sanar.

El hombre es cuerpo, alma y espíritu. La enfermedad del espíritu es el pecado; las dolencias del alma (o dolencias mentales) son múltiples, y las trataremos en grandes grupos; las enfermedades y debilidades físicas se refieren a nuestro cuerpo.

Hay conexiones entre estas dolencias. Muchas enfermedades físicas son condicionadas por desarmonías mentales; y muchas de éstas, por una falta de fe y entrega a Dios.

Hay personas que poseen cualidades naturales terapéuticas. Se habla entonces de dones parasicológicos. Son del nivel de sensibilidades curativas o flujos benéficos que se transmiten a la persona enferma y la mejoran o sanan completamente. Estos dones naturales están siempre a disposición del sicoterapeuta, mientras él se conserve en buena salud. El ejercicio prolongado de su acción sanadora suele agotarlo.

Muy distinta es la acción de los carismas de sanación. No se trata de capacidades que poseamos nosotros, sino de intervenciones de Dios. De nuestra parte está el hacernos puente entre Dios y la persona enferma. Este contacto y comunicación lo hacemos con la oración, el gesto de amor, la fe y confianza en Dios. Si solamente somos puente y canal, la acción sanadora no es nuestra sino de Dios; no la poseemos ni manejamos. No nos agotamos con el ministerio de la sanación.

Aunque esta distinción sea clara, en la práctica suele haber cierta mezcla de la acción sanadora con las cualida-

des naturales, parasicológicas del instrumento de Dios. Lo importante es apoyarnos en Dios cuando ejercitamos el servicio de sanación; debemos vaciarnos de nuestra voluntad sanadora para ponernos totalmente en la voluntad de Dios: él sabe lo que más conviene; él tiene sus tiempos y sus modos. A nosotros nos toca hacer intercesión, pero dejando la acción sanadora totalmente a él.

Cuando el hombre se interpone como sanador y se interesa en asegurar él los resultados de sanación, entonces se produce una interferencia. Con los labios se invoca a Dios, pero de hecho el hombre está confiando en sus poderes y en sus técnicas. Esta desviación puede producir resultados naturales, pero ya no es el carisma o don divino, sino un resultado humano, parasicológico, casi mágico en su apariencia.

Estos puntos se irán aclarando a medida que tratemos los diversos dones de sanidades.

SANACION FISICA

La tratamos primero porque muchas veces los resultados son simples y llamativos. Pero recordemos que frecuentemente se trata de enfermedades sicosomáticas; de modo que en esos casos no se produce una verdadera sanación física si no va acompañada de una sanación interior.

Petición simple

Es sencilla: "Señor, te presento a tu hijo(a) NN. Tú lo(a) amas y él(ella) está enfermo(a). Te pido que lo(a) sanes; tú sabes el cómo y el cuándo".

Se puede tocar al enfermo para hacer más tangible este puente de oración y sanación. Se recomienda que esta "imposición de manos" no sea un gesto solemne, sacramental, ni un gesto de sacerdote o de mago, sino un gesto fraternal: basta la mano sobre el hombro. (No conviene sobre la cabeza, para no interferir en los centros nerviosos).

Se ora poniendo la fe en Dios. El es infinito amor y poder y sabiduría; él nos ha dicho que pidamos; al acudir a él, lo honramos como a nuestro Padre y a nuestro Dios. Creemos y confiamos en él.

No ponemos nuestra fe en la oración misma que hacemos, ni en la fe del enfermo, ni en nuestra fe o en los sentimientos que tengamos. Muchas veces pediremos con el sentimiento de que nuestra oración es inútil. No importa. Al pedir simplemente, sabemos que nuestra fe está puesta en Dios.

Petición con mandato

Agnes Sanford escribe que al orar por otra persona, solía recogerse primero para sentirse unida a Cristo y para poder orar con un sentimiento de unidad con él. Así terminaba su oración con las palabras: "Por Jesucristo nuestro Señor, Amén". El Amén era una confirmación; confirmaba la voluntad de que "así fuera"¹².

Estas palabras y estos sentimientos pueden contribuir con un aporte subjetivo, psicológico, a nuestra fe. No son esenciales; pero tampoco dañan.

Con aporte imaginativo

Tanto Agnes Sanford como Ruth Stapleton solían usar con la oración aportes de su imaginación creadora. Así, imaginaban que ya se estaba efectuando la sanación de la parte enferma: corazón, pierna, lo que fuera... mantenían ante sí la imagen de la persona completa, enteramente sana...

Se sabe que las imágenes ayudan la acción parasicológica del pensamiento y del deseo; pero no debemos adelantarnos a la voluntad de Dios. ¿Cómo sabemos que él quiere sanar ahora la dolencia física del enfermo? El tiene su sabiduría divina; quizás quiera efectuar una sanación interior antes de una sanación física.

A no ser que tengamos una “palabra de ciencia” o una gracia de fe carismática acerca del enfermo por el cual oramos, no debemos imaginar lo que no sabemos si es real.

Otra cosa es dar una forma imaginativa a una realidad que conocemos por la fe. Así, podemos imaginar a Jesús que está al lado nuestro y que pone su mano sobre la nuestra... porque sabemos por la fe que estamos incorporados en el Cuerpo de Cristo. Cuando vivimos esa verdad y pedimos “en el nombre de Jesús”, estamos pidiendo lo que sabemos que él pide con nosotros.

Lo importante es que pongamos nuestra fe en Dios y en lo que él nos ha revelado. No debemos poner la confianza en tales o cuales imágenes que expresan nuestra fe.

Oración colectiva

Jesús nos dice: "Donde hay dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos" (Mt 18, 20). La reunión de varias personas que oran por un enfermo supone el amor fraterno, llave importante para todo carisma. Además la presencia especial de Jesús afirma nuestra fe. Hay, pues, valores en la oración colectiva.

Pero no debemos exagerar la importancia del número. En toda oración verdadera nos unimos a Dios por medio de Jesús y de todos los ángeles y santos que están en Cristo.

Con todo, la oración del grupo tiene otra ventaja: hay menos peligro de atribuir las sanaciones a *mi* oración, si somos un grupo los que hemos orado.

Una sanación de 1989-1990

"En diciembre de 1989 un amigo y compañero de trabajo, Angel García, que venía con un cuadro hepático muy serio hacía cuarenta días, fue llevado a un hospital de Buenos Aires. Mucha gente oraba por su recuperación. El 20 de diciembre, encontrándome en Tucumán me comuniqué con su esposa Marta, y me contó que los médicos le daban muy pocos días de vida a Angel. Ella ya pensaba en cómo trasladar sus restos a Salta. Esa noche me acosté muy angustiado y le supliqué al Señor llorando que cambiara ese hígado negro y destruido por uno nuevo y brillante; le rogaba que lo dejara entre nosotros por su familia (cinco hijos). Me dormí orando. En sueños vi que ese

amigo entraba en mi negocio con los brazos levantados, alegre y sano. Al despertar sentí la certeza de que Angel se sanaba, y un impulso irrefrenable de comunicar esto. Me levanté, fui al trabajo y comencé a decirle a persona que veía que Angel se sanaba. Llamé a su esposa a Buenos Aires y le comenté lo sucedido. El 23 de diciembre suena el teléfono de mi casa muy temprano. Era Marta, quien me dice que quede en línea. De pronto escucho un “hola” tembloroso: “Daniel, estoy bien, gracias”. Angel, entre dos enfermeras, había pedido que lo llevaran hasta la cabina telefónica para saludarme. El 11 de enero de 1990 bajaba del avión en Salta este viejito de 43 años y 45 kilos, tembleque pero sostenido por la mano de Dios. Su recuperación física terminó en septiembre de ese año, y se reintegró a trabajar en octubre. Hasta el día de hoy no hay explicación de lo sucedido, ni secuelas en su hígado. Su historia clínica está a disposición. GLORIA A DIOS POR SIEMPRE”. (Santiago Daniel Gil, 29 junio 1994; Salta, Argentina).

Ejercicio práctico

Aprovechemos todas las ocasiones que se presentan espontáneamente para orar por los enfermos. En vez de ofrecer nuestras oraciones vagamente, ofrézcamos hacer una oración breve con el enfermo presente. Si no nos atrevemos a formular una oración simple en alta voz, hagamos esa oración en silencio.

La frecuencia con que Dios responde favorablemente a nuestras oraciones nos animará a orar con más confianza y frecuencia.

TRANSFORMACION DE TENDENCIAS

Cuando pasamos a la sanación interior, entramos en un campo muy vasto. Por esto será necesario tratar este tema en varios capítulos.

Ante todo trataremos de la ordenación y transformación de nuestras tendencias viciadas o pasiones. Es el aspecto más fundamental e importante.

Plan de Dios

Sabemos por la Revelación que, desde el principio, Jesucristo Dios y hombre, es el centro de toda la creación:

“Todo fue creado por él y para él...Todas las cosas en él subsisten” (Col 1, 16-17).

También desde el principio Dios creó al hombre a su imagen y semejanza al darle una naturaleza libre y responsable. Además, desde el principio Dios llamó al hombre a entrar libremente en el mundo sobrenatural de la filiación divina, formando Cuerpo con Jesús por obra del Espíritu Santo.

Sabemos además que el pecado de nuestros primeros padres nos separó de Dios y nacemos con la desarmonía de nuestras pasiones, y la inclinación al pecado. Por esto, el llamado de Dios incluye una conversión y una transformación de nuestro ser, para que adquiera la forma de Jesús y la perfecta armonización con nuestro Salvador (cfr. Rm 8, 29).

Jesús habló de fuerzas de crecimiento: existen en las plantas y también en el hombre: éstas son buenas, puestas por Dios para nuestro desarrollo individual y social, para la búsqueda del bien, de la verdad y de Dios (cfr. Mc 4, 26-27)

Pero Jesús habló también de obstáculos al crecimiento y uno de éstos son “las malezas que ahogan la semilla”. Estos son los cuidados del mundo, es decir, todos los afanes, las concupiscencias de que habla Santiago y San Juan (cfr. Mt 13, 1-8. 18-23; Sant 1, 13-15; 1 Jn 2, 16).

Estas pasiones desarmónicas y perturbadoras son efecto del desorden introducido en nosotros por el pecado original. Las buenas tendencias se han convertido en tendencias viciadas. Así, el instinto de conservación da pie al

egoísmo, gula, pereza, avaricia, mentira; el instinto de desarrollo se distorsiona en ambición, envidia, ira, violencia, soberbia y vanidad; el instinto social, en lujuria, celos, agresividad, sentimientos de culpabilidad; el instinto humano de trascendencia, en idolatrías diversas, búsqueda de poderes mágicos, supersticiones...

Todas estas tendencias viciadas se encuentran en cada hombre (con predominio de unas u otras), constituyendo ese "cuerpo de pecado" del que se quejaba San Pablo: "Porque lo que hago, no lo entiendo, pues no hago lo que quiero, sino lo que aborrezco eso hago... de modo que ya no soy yo quien hace aquello, sino el pecado que mora en mí... ¿Quién me libraré de este cuerpo de muerte?" (Rm 7, 15-17. 24).

El desorden de estas pasiones interiores es exacerbado por el embate de los enemigos exteriores: el demonio y el mundo, es decir, las fuerzas del mal que nos rodean. Por eso, dice Pablo, debemos "armarnos con toda la armadura de Dios" que son las virtudes y los medios que nos señala la fe para el desarrollo de las virtudes (cfr. Ef 6, 10-18).

Conversión y virtudes

El mensaje básico de Jesús fue: "El reino de Dios se ha acercado; arrepíntanse de sus pecados y crean en la buena noticia" (de la misericordia de Dios); Pedro predicará: "Arrepíntanse y bautícese cada uno de ustedes en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibirán el don del Espíritu Santo" (Mc 1, 15; Hch 2, 38).

La conversión lleva al hombre a formar parte del Cuerpo de Cristo, con recepción del Espíritu Santo que nos hace hijos de Dios. Esta es la opción fundamental del Cristiano. El se compromete a rechazar el pecado y todo lo que conduce al pecado, para creer y confiar en Dios que es nuestro Padre, Salvador y Santificador.

Con la efusión del Espíritu Santo recibimos la capacidad para creer, amar y desarrollar las virtudes. Estas son fuerzas para resistir las tendencias al mal y para seguir el Camino de Jesús.

Fruto del Espíritu Santo

A medida que aumenta en nosotros la docilidad a la acción del Espíritu Santo, las virtudes son transformadas en “dones y fruto del Espíritu Santo”. La fe en Dios se enriquece con los llamados Siete Dones, es decir, nuestra fe se convierte en una presencia y acción constante del Espíritu de sabiduría, de entendimiento, de consejo, de fortaleza, de conocimiento, de piedad, de temor o de fidelidad a la voluntad de Dios (cfr. Is 11, 2; Col 1, 9-11).

Al mismo tiempo, nuestro amor se vuelve más y más crístico, es decir, semejante al amor del mismo Jesús, como nos lo manda en “su nuevo mandamiento” (Jn 13, 34-35). Una descripción de este amor la encontramos en 1 Cor 13 y en la enumeración de Gál 5, 22-23: éste es un amor lleno de paz y de gozo, lleno de paciencia y de delicadeza, lleno de rectitud y de fidelidad, lleno de humildad y de equilibrio.

Al ejercicio de las virtudes, sucede una transformación de la naturaleza; de tal manera que la semejanza con Jesús parece ya natural. Como él refleja al Padre, somos llamados a reflejarlo a él en nuestro testimonio de vida para el bien del Pueblo de Dios (cfr. 2 Cor 3, 18).

Sanación espiritual

Esta transformación del cristiano es la sanación espiritual. Todo es obra de Dios, pero supuesta la opción fundamental del hombre y su constante deseo y búsqueda de conversión progresiva.

El mal fundamental es el pecado, que contaminó a todo el género humano y a toda la creación. La obediencia de Jesús a la voluntad salvífica de su Padre nos abrió el camino de salvación. La sanación espiritual está en entrar en ese camino y mantenernos en él, siempre abiertos a la acción del Espíritu Santo en nosotros. Entonces las tendencias viciadas son transformadas en “nueva creación” (2 Cor 5, 17).

En la práctica

Bajo la dirección del Espíritu Santo, el Pueblo de Dios ha sido enriquecido con variados medios de santificación: la Sagrada Escritura, la Tradición del testimonio de vida y de doctrina, los sacramentos... Es el Reino la “herencia de los santos en luz” (Col 1, 12) en la que participamos nosotros, cuya “vida está escondida con Cristo en Dios” (Col 3, 3).

¿Cómo mantenernos en este camino y seguir siendo transformados? Una práctica sencilla es la llamada "oración de fidelidad a nuestra vocación". Consiste en anotar brevemente nuestras necesidades y los deseos que nos inspira Dios. Luego pedir cada día la acción de su Espíritu Santo, dejando enteramente a él el tiempo y el modo de acción.

La experiencia nos demostrará la eficacia de una súplica sencilla, pero sincera y perseverante (cfr. Lc 11, 5-13; 18, 1-8). El buen samaritano usará esta práctica para sí mismo, y la recomendará a los que él ayuda.

SANACION DE TRAUMAS

Las heridas emocionales (o traumas), con todas sus consecuencias, son un obstáculo serio para una vida como la que quiere Dios para nosotros, es decir, una vida realmente humana y plenamente crística.

Aquí describiremos las dimensiones principales de este vasto campo, e indicaremos cómo colaborar en su sanación.

Hechos traumáticos

Hay accidentes que ponen en peligro la propia vida y hieren, por tanto, nuestro instinto de conservación. Por ejemplo, una niña de dos años cayó en una tinaja con agua, y ca-

si se ahogó. Después, durante toda su vida, le causaba angustia aun el pensamiento de bañarse en una piscina o en el mar.

Hay separaciones traumáticas. Por ejemplo: la de un bebé que debe ser llevado a un hospital y quedar separado de su madre. Quedará con una herida de abandono, y un rechazo instintivo a todo lo que se relaciona con hospitales, médicos y enfermeras.

Hay atentados traumáticos: el más terrible es el intento de abortar la creatura. Esta quedará herida tan profundamente que sólo la acción de Dios podrá sanarla. Hay también atentados posteriores que dejan una huella casi indeleble, por ejemplo las violaciones sexuales. Hay casos en que una experiencia homosexual de un niño, que apenas entiende de qué se trata, basta para perturbar el desarrollo normal de su sexualidad.

Los ejemplos pueden multiplicarse sin término. Siempre se trata de hechos que hieren alguna de nuestras tendencias más profundas. Puede suceder que el hecho mismo sea olvidado, pero el trauma con la angustia resultante ha quedado grabado en el inconsciente personal. Más tarde, una situación semejante hace revivir la angustia.

Golpes repetidos

En el proceso de la educación, el niño está expuesto a recibir golpes repetidos que le dejan una herida emocional.

Un ejemplo es el del hijo de un padre violento, o duro o ríton. He conocido a niños tímidos y apocados que han nacido tales padres.

Otro ejemplo es el niño que sufre continuas correcciones frustraciones, caso muy frecuente, porque a los dos años de edad el niño está subiendo por todos los muebles y agarrándolo todo. Cada corrección y frustración provoca en el niño una reacción de rabia. Esta rabia incluye agresividad contra la persona que le frustra, y también culpabilidad, ya que la rabia suele surgir contra la madre o el padre. La acumulación en el inconsciente de agresividad con culpabilidad será más tarde la base de muchas depresiones.

Otro ejemplo es el de las comparaciones repetidas. El niño tiende naturalmente a compararse con otros niños: el niño pequeño se sentirá quizás menos robusto, menos deportista, que sus compañeros; una niña puede sentirse menos atractiva; en clase hay emulación constante: algunos serán los inteligentes del curso, otros los medianos, otros los últimos, los que serán tildados de tontos, de flojos... Los sentimientos de inferioridad afectarán la imagen de sí mismo de esa persona a través de su vida.

Carencias

También son traumáticas las carencias de lo que necesita el niño. Estas carencias pueden reducirse a una falta de amor. El niño necesita un amor tangible de caricias y elogios y aprecio estimulante. Son muchos los casos en que el niño no ha carecido de alimento y abrigo, pero sí del cariño que necesitaba.

Esta carencia puede ser sentida por “el niño del medio” que percibe (o se imagina) que sus padres estiman más a los mayores y a los menores. El niño se siente marginado.

Hay casos en que el niño se ha sentido ignorado (quizás durante algunos meses la madre no se dio cuenta de que estaba encinta) o entregado para ser criado por parientes o en una institución. La necesidad de pertenecer, de ser aceptado y reconocido es tan fuerte, que muchas veces el adulto, profesional exitoso, sentirá la necesidad de conocer sus orígenes, si éstos no le eran conocidos.

Sanación

Las heridas emocionales piden sanación interior.

Los medios humanos de amor y persuasión son importantes, pero generalmente no bastan para las heridas más profundas: las heridas del alma no son como las del cuerpo que son curadas con un tratamiento exterior. Para que sanen las heridas del alma es necesario un cambio de actitud en el enfermo, y una acción de Dios.

Y aquí es indispensable que el enfermo perdone. Mientras se mantenga el resentimiento, el enfermo está manteniendo viva una situación del pasado, y queda prisionero de esa situación. El resentimiento congela la situación del YO ofendido y dañado, frente a un agresor que debe dar una reparación. La rigidez de esa situación impide un cambio.

Si se perdona, la persona ofendida suelta la amarra con el pasado, y abre la puerta a un cambio en ella misma. La

persona ofendida se sitúa en el presente de una confianza en Dios. Entonces Dios puede tocar el registro de la herida y borrarlo. Dios puede cambiar el odio en amor. El amor es creador.

Ruth Stapleton cuenta el caso de una niñita que vivió un episodio traumático cuando un ladrón entró en la casa, y se escondió debajo de la cama de la niñita para no ser descubierto. Ruth le sugirió a la mujer ya adulta que reviviera ese momento de su niñez pero con la imagen de Jesús presente¹⁰.

La mujer cerró sus ojos y revivió el susto que experimentó cuando el ladrón se escondió debajo de su cama; y luego comenzó a sonreír. Jesús había entrado en la pieza, llamó al ladrón y éste salió de su escondite. Jesús le dijo a la niña que no debía temer; que el ladrón era bueno. La niñita llamó a su papá y terminaron todos comiendo alegremente alrededor de una mesa.

El perdón de la mujer fue un acto de amor creador, que transformó las huellas del pasado, impresas en ella, y permitió una sanación completa.

En la práctica

Hay muchas maneras de orar por la sanación interior de una persona; pero lo esencial es poner la persona con su problema en las manos de Dios y pedirle *su sanación en su tiempo*. Nosotros no somos los que exigimos algo de Dios; él es sabiduría infinita y sabe lo que más conviene. Por lo tanto, nuestro punto de apoyo es Dios mismo; de

ninguna manera nos apoyamos en nuestras palabras o en nuestra fe.

Las palabras que usamos pueden ser muy simples y breves; lo suficiente para “hacer el contacto” presentando al Señor la persona de nuestro hermano con su problema.

Una variante puede ser el sentimiento y aun la imaginación de la presencia de Dios, o de la actuación de Jesús; pero la búsqueda de sentimientos o de imaginaciones es siempre un esfuerzo adicional que cansa y agota sin añadir algo esencial a nuestra oración. Aun se corre el peligro de confiar en un “método” más que en el poder, el amor y la sabiduría de Dios.

De ninguna manera hemos de prometer por nuestra parte la sanación, ni inducir una sugestión de que ya se está sanando. La mera sugestión es un recurso humano que no corresponde a la realidad.

Instruyamos también al enfermo para que él continúe rogando cada día y pidiendo la sanación dentro de la voluntad de Dios. La experiencia enseña que antes de los noventa días se produce una mejoría a *la manera de Dios*.

LIBERACION DE ATADURAS

Son múltiples y muy variadas las ataduras a las que está expuesto el hombre. Jesús vino a liberarnos de todas ellas; dijo: “El Espíritu Santo está sobre mí en cuanto me ha ungido para... pregonar libertad a los cautivos... y poner en libertad a los oprimidos” (Lc 4, 18).

San Pablo menciona “el anhelo ardiente de la creación aguardando... la libertad gloriosa de los hijos de Dios” (Rm 8, 19. 21).

Liberación del pecado

El pecado es la esclavitud completa, porque queda el hombre entero (espíritu, alma y cuerpo), bajo la potestad

de las tinieblas (cfr. Lc 22, 53; Col 1, 13; Ef 5, 8-13). Jesús nos advirtió del peligro: "Cuidado con que la luz que hay en ti no sea en realidad tinieblas" (Lc 11, 35).

Se ha observado que todo el ministerio de Jesús puede ser considerado como una liberación: liberación del pecado, de la enfermedad, del demonio; liberación de costumbres y de vicios; liberación de falsas ideas y temores; liberación de la misma muerte. Y, como escribe San Pablo, el pecado es la raíz y fuente de todo mal (cfr. Rm 5, 12).

Pero la liberación del pecado no se hará sin la colaboración de la libertad humana; es necesario que el hombre quiera rechazar el pecado y optar por el camino de Jesús. Esto lo hacemos con el doble compromiso del bautismo.

Este punto es importante, porque toda sanación y liberación es una gracia de Dios quien nos libra del pecado y de los efectos del pecado. Por eso requieren una cooperación nuestra que es la opción fundamental de rechazar el mal y seguir el camino de Jesús.

Ataduras mentales

Casi todas las esclavitudes del hombre son ataduras emocionales. Algunas son de amor: apegos excesivos a personas vivas o difuntas, a animales muy queridos (perros, gatos), a objetos de arte o de valor (joyas...). Otras esclavitudes son de odio: resentimientos, rechazo de personas a quienes no se perdona, diversas clases de fobias o intolerancias.

Otras esclavitudes son más bien ideológicas: el niño asimila prejuicios en el medio familiar y escolar, asimila valores verdaderos o falsos, y éstos condicionan su manera de ver y de vivir. Así, tenemos prejuicios raciales, nacionales, religiosos, políticos, sociales, estéticos, etc. Especialmente importantes son las interiorizaciones de roles sociales, como el rol del padre, el de la madre; el del varón y el de la mujer; el del hombre de éxito, del político, del patrón, del rico, del pobre...

Los temores y las supersticiones son en parte ideológicos, pero sobre todo cargados de emociones infantiles, como el temor a la oscuridad, a los muertos, al demonio, a un Dios que observa para castigar...

Las compulsiones son especialmente esclavizadoras. Algunas nacen de traumas de la infancia o niñez (como muchos homosexualismos), otras son una compensación, como el alcohol y las drogas; otras pueden ser efecto de otros muchos factores.

Mecanismos de defensa

En la línea de compulsiones existen los mecanismos de defensa. Cuando está rodeado de cariño y aceptación, el niño crece como una plantita en terreno fértil; pero cuando se encuentra (o se imagina estar) en un medio difícil, desarrolla diversos mecanismos de defensa.

Estos mecanismos pueden ser útiles para el niño, le ayudan a sobrevivir; pero deberán ser dejados de lado cuando ya no tienen razón de ser. Desgraciadamente sucede que

han formado parte tan importante de su personalidad, que se convierten en rasgos indelebles.

Mencionemos algunos: la búsqueda de aprobación, de conformarse con lo que piden los demás; la necesidad de llamar la atención, de no pasar inadvertido; la compulsión de hacer méritos ante sí, ante los demás, ante Dios. Si en su infancia el clima era de perfeccionismo, o de portarse bien para merecer el amor de sus padres y de Dios, o de ser como tales o cuales ejemplo de virtud, el adulto podrá estar esclavizado todavía por estas exigencias.

Si el niño creció en un ambiente en que se sobrevalorizaba la inteligencia, su afán en la vida puede ser el de impresionar por la inteligencia; en este punto será muy sensible; se angustiará ante las situaciones en que quizás fracase; todo fracaso será traumático. Si en su familia se sobrevaloriza el dinero, éste será un objeto demasiado importante en su vida; al igual los éxitos políticos, o deportivos o sociales... Difícilmente pensará el niño en el seguimiento de Cristo, si todo su ambiente fue dominado por otros valores.

Hay ataduras cuyo origen es exterior (por ejemplo: la maldición de un enemigo o una brujería de gente malévolas) pero que se internalizan. Así, la persona que se cree embrujada, comienza a temer, fija la atención en todos los acontecimientos negativos, y se va autosugestionando hasta el fracaso, la enfermedad y aun la muerte.

Hay ataques que son realmente del exterior, como las tentaciones a Jesús. En él no había inclinación al mal. Toda sugerencia de pecado debía venir totalmente de fue-

ra de él: de parte del demonio, de sus enemigos, o aun de sus amigos benevolentes pero equivocados (cfr. Mt 16, 23).

También el hombre está expuesto a ataques del demonio, de opresiones y aun de posesiones. Las opresiones y posesiones son esclavitud parcial o casi total bajo el influjo del demonio.

Oraciones de liberación

Según sea la naturaleza de la esclavitud, tendremos diversas formas de oración liberadora: oración para cortar excesivos afectos, para liberar de malos hábitos, para perdonar y amar, para expulsar espíritus demoníacos, para rodear y defender, para renovar los compromisos del bautismo, etc.

Siempre se trata de una oración. Puede dirigirse a Jesús, o al Padre “por Jesucristo nuestro Señor”.

Jesús es nuestro Salvador; vino a liberarnos de todas esas esclavitudes: “Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia para alcanzar misericordia y hallar gracia para el socorro oportuno” (Heb 4, 16).

En la práctica

Es provechoso usar diversas formas de liberación, según las necesidades.

- 1) Renovación de las promesas del bautismo: es un rechazo de todo mal y afirmación de nuestra adhesión a

Dios. Es necesario cuando una persona ha caído en credulidades supersticiosas, como consultas a adivinos, participación en prácticas satánicas, espiritistas, esotéricas, ocultistas, etc.

- 2) Sacramento de la Reconciliación: obtiene el perdón total de la culpa, gracias de protección y de crecimiento en las virtudes.
- 3) Oración de autoliberación: "Señor Jesús, te pido que expulses de mí estas tentaciones (temores, angustias, depresión, etc.)".
- 4) Oración de cortar ataduras. Semejante a la anterior. Se puede decir en favor de uno mismo o también en favor de otro.
- 5) Oración para perdonar y amar a tales o cuales personas. Es la manera de cortar las ataduras del resentimiento.
- 6) Oración de protección o defensa. Se pide que el Señor con sus ángeles nos rodee y proteja de peligros bien determinados.
- 7) Oración de fidelidad. Cuando Dios nos ha dado luces para ver la liberación que necesitamos, la fidelidad a esas luces consiste en ser constantes en pedir la gracia para ser liberados. Una oración breve cada día pidiendo esa gracia, corresponde a la perseverancia de la petición, como nos la recomienda Jesús mismo (Lc 11, 5-8; 18, 1-8).
- 8) Oración colectiva de sanación. En ésta se pasa revista a las principales dolencias (mentales y físicas) con sus

raíces, y se pide que el Señor sane en su tiempo como él sabe. Muchas son las gracias recibidas en esta oración. No excluye, al contrario, pide que se siga orando, en la oración de fidelidad, por lo que todavía falte.

- 9) La alabanza a Dios, tanto particular como colectiva, es inmensamente liberadora.

Un caso hermoso

“Por un accidente de auto en 1984, quedé con problemas a las cervicales; con el cuello tieso por una calcificación que se produjo en una válvula torcida por el golpe”. Así llegó la Hermana T. a un retiro en mayo de 1991. Cuando se alzaba la hostia durante la celebración eucarística, ella la seguía hasta cierto punto. Más arriba no alcanzaba.

Por otra parte, descubrió en ese retiro que conservaba todavía un hondo resentimiento contra los alemanes. De niña había sufrido la ocupación de su patria, la herida de su padre, sentimientos de miedo, dolor, vergüenza, silencio temeroso. Debía perdonar; oró mucho para poder hacerlo.

Al fin, pudo escribir: “Con tu gracia, mirándote en la Cruz... perdono a los Alemanes y a Hitler que representan para mí una fuerza dominante y persecutoria”.

Poco tiempo después, en el mismo retiro y con gran sorpresa suya, puede levantar la cabeza y seguir con la vista la hostia en la elevación. Cautelosamente mueve su cabeza de un lado a otro. ¡Estaba sana! Escribe: “La palabra de Dios me sanó: Isaías 52, 1-4; ...desata las ligaduras de tu cuello”.

Dos años después, en 1993, sigue bien, y escribe: “Agradezco y alabo a mi Señor... Adjunto dos fotos que quieren expresar mi felicidad. Esas cosas son de Dios... La sanación se hace día a día, con el paso del Señor. Me siento bien. Se me fue el miedo; confío”.

TRES LLAVES DE SANACION INTERIOR

Aun cuando se quiera y se busque la sanación interior, hay a veces obstáculos que dificultan o impiden esta gracia. Examinaremos tres llaves que ayudarán al hermano para superar estos obstáculos¹³.

La gracia de perdonar

El resentimiento (o falta de perdón al ofensor) es un obstáculo para toda sanación interior, porque el resentimiento “congela” una situación del pasado y quedamos atrapados en ella.

En toda herida hay alguien que hirió. Puede ser otra persona, a propósito o sin advertencia; puede ser el sujeto mismo, el cual queda entonces rabiando contra sí mismo; puede ser un accidente en que no hubo nadie culpable, pero que entonces se culpa a Dios: “¿Por qué me sucedió a mí?, ¿por qué no lo impidió Dios?”.

En el caso de las tendencias viciadas, también se produce, en último término, una queja contra Dios: “¿Por qué nací de tales padres?, ¿por qué no tuve la oportunidad que tuvieron otros?”.

El sentimiento de culpa también ancla en el pasado: “¿Por qué procedí como lo hice?, ¿por qué no tomé otro camino de solución?”. Si no se acepta la realidad de la vida propia, se vuelve una y otra vez a lo que ya no tiene remedio; mi hermano no se coloca en la realidad presente; no se abre a lo que Dios quiere hacer en él.

Poder perdonar es una gracia, porque el perdón debe fundamentarse en el amor de Dios que ama también a los que ofendieron; ama al ofendido y quiere que se suelte del pasado para ser creador con él en su presente y futuro⁴.

Confesión

Explicemos al hermano que la confesión es ponerse en la verdad ante Dios y ante nosotros mismos. No somos resultado de determinismos, es decir, de una infancia con tales padres y ambiente, de tales experiencias adversas, de tal educación con tales maestros y compañeros...

Hubo en su vida muchas opciones, algunas buenas, otras malas. Dios le dio luces, le presentó otras posibilidades. El es muy responsable del camino que fue tomando su vida. ¿Hasta qué punto responsable? Sólo Dios lo sabe.

La confesión significa dejar de culpar a los demás y dejar de mirar su vida actual como algo inevitable e irreformable. Confesión significa dejar de justificarse ante sí mismo y los demás. Hay mucho que, con la gracia de Dios, puede y *debe cambiar*.

La primera bienaventuranza es: “Bienaventurados los que están conscientes de su pobreza espiritual, porque de ellos es el Reino de los Cielos” (Mt 5, 2). Esta es humildad –“Dios da su gracia a los humildes” y les abre su Reino de armonía y plenitud ya aquí en esta vida (cfr. Sant 4, 6).

Al hablar de confesión, recomendamos ante todo la humilde confesión ante la propia conciencia y ante Dios. No excluimos la confesión ante los demás, ni el sacramento de la Reconciliación. La humildad nos coloca en la realidad: somos pequeños pero Dios nos ama; somos valiosos a sus ojos.

Saber sufrir

Los contratiempos, las dificultades, los sufrimientos son factores que nos desestabilizan y exigen de nosotros nuevos esfuerzos, recurso a Dios, saber sufrir para desprendernos de nuestras seguridades y esperar; humildad para pedir la ayuda de otros. Los obstáculos agudizan nuestra mente para crear soluciones nuevas. Los obstáculos nos obligan a ser creativos.

Muchas veces sucede que no nos moveremos ni reformaremos nada en nuestra vida mientras sigamos satisfechos y seguros. Solamente el sufrimiento nos muestra nuestra debilidad; y los problemas, nuestra incapacidad; y la contradicción, nuestra necesidad de ayuda. Entonces recurrimos a Dios. El nos ilumina y ayuda para salir de nuestra rutina y para descubrir nuestros caminos.

El samaritano comprende todo esto, y por eso no se deja atrapar por el sufrimiento ajeno en una especie de identificación emocional. No se deprime con la depresión ajena. Al contrario, enseña a enfrentar el sufrimiento como Cristo enfrentó su Pasión, con confianza en el amor del Padre, y valentía hasta el fin. Si Dios, en su sabiduría, no impidió ese sufrimiento, él tiene sus designios. "Dios conduce todas las cosas hacia bien de los que lo buscan" (Rm 8, 28).

Notemos cómo estas tres llaves ayudan para tres "perdones": para perdonar a los que nos han hecho algún daño; para perdonarnos a nosotros mismos cuando Dios nos ha perdonado; para aceptar de Dios sus caminos (contra él surgen resentimientos cuando nos encontramos envueltos en tribulaciones).

Es necesario enseñar a nuestros hermanos las maneras de enfrentar el sufrimiento, para que éste sea ayuda de sanación interior.

En la práctica

Nuestros hermanos necesitan estas llaves para ser sanados por el Señor. Todas suponen una soltura de amarras,

una flexibilidad mayor, una apertura hacia las soluciones de Dios. Por eso deben pedir estas llaves con perseverancia. Ciertamente Dios quiere darlas, porque son características de Jesús.

También necesitan caer en la cuenta de sus rigideces: resentimientos, defensas, intolerancias, artificialidades. Ayuda la práctica del perdón y comprensión, la sencillez, la paciencia en las dificultades (situaciones, caracteres difíciles, enfermedades propias y ajenas).

San Pablo les diría que todo eso está contenido en la caridad: "Porque el amor no se irrita, no guarda rencor, perdona; no se envanece ni se preocupa de mantener una imagen; es sufrido y benigno; busca y goza con la verdad" (cfr. 1 Cor 13, 4, 6).

SACRAMENTOS Y SANACION

En la vida del cristiano, los sacramentos juegan un papel de primera importancia. Vale la pena examinar este papel y su relación con la sanación, para que el samaritano pueda guiar a su hermano herido.

Compromiso sacramental

Cada sacramento es una súplica en acción. Pedimos que Dios nos auxilie con su acción poderosa; y sabemos que él responde porque él ha instituido los sacramentos para que obtengamos por medio de ellos esas gracias que necesitamos.

Pero si pedimos un favor, hay siempre un compromiso. Si pedimos en el bautismo la gracia de ser incorporados en Cristo, para ser hechos hijos de Dios, nos comprometemos al mismo tiempo a vivir como tales. Este compromiso se explica en las dos promesas del bautismo: rechazar todo lo que es malo, y *creer* y *vivir* en la fe que nos enseñó Jesucristo.

Cada sacramento contiene una petición y un compromiso.

La Eucaristía repetida

La Eucaristía es la corona de todos los sacramentos. Todos son como gradas que suben en su dirección. En ella se hace tangible la presencia de Cristo y nuestra incorporación en él. Por esto no nos ha de extrañar que el rito del sacramento contenga, como en un compendio, las etapas de la vida espiritual.

La primera parte de la Misa es la liturgia penitencial: corresponde a la etapa de purificación, necesaria en toda la vida espiritual. En seguida, la Liturgia de la Palabra corresponde a la etapa iluminativa, porque es contacto con los ejemplos y las enseñanzas de Jesús, y también con las enseñanzas del Antiguo Testamento y de la Iglesia naciente.

La preparación de las ofrendas, la consagración y la comunión son tres pasos de la etapa unitiva de la Eucaristía. Llena de simbolismos, esta etapa invita al hombre y efectúa la unión con Jesús y, a través de él, la unión con Dios.

Para lograr esta unión hay muchos obstáculos en nuestro ser tan dividido, disperso, lento para la transformación, pero la repetición de una Eucaristía verdaderamente vivida va penetrando en el hombre y conformándolo con Jesús. En cada Eucaristía nos ofrecemos como ese pan y vino para ser transformados. En la Consagración nos unimos a la oblación de Jesús por la salvación del mundo. Esta unión está confirmada y completada en la comunión.

El que día a día (o por lo menos, semana a semana) vive íntimamente la Eucaristía, va creciendo en un olvido de sí, en un servicio generoso de oblación con Jesús por los demás. Todo este crecimiento espiritual es sanador de traumas que siempre nos centran en nuestro yo herido. Es también liberador de resentimientos, rutinas cómodas, ataduras emocionales e ideológicas, porque nos lleva a darnos más completamente como Jesús a la voluntad de un Padre que nos ama.

Reconciliación repetida

El Sacramento de la Reconciliación es otro sacramento sanador. La reconciliación con Dios es la base de toda seguridad. Cuando Caín se siente separado de Dios, exclama: "Sucederá que cualquiera que me hallare, me matará" (Gén 4, 14). El que se siente rechazado por Dios, se desecha a sí mismo y se siente rechazado por todos los demás, aun por la naturaleza inanimada. San Ignacio escribe: "Me espantaré en todo mi ser, no comprendiendo cómo todas las creaturas me han dejado vivir y aun me han cuidado y ayudado: los ángeles que llevan la espada de la justicia divina, han tenido paciencia conmigo, me han guar-

dado y han rogado por mí; los santos han intercedido por mí; la creación entera: sol, luna, estrellas, frutos, aves, peces, animales, me han soportado; la tierra misma, ¿cómo no se ha abierto para tragarme, creando nuevos infiernos para encarcelarme para siempre”¹⁴.

Cada vez que se recibe la absolución sacramental de manera consciente, se experimenta el gozo de una nueva acción liberadora de Dios, y de una nueva infusión de gracia sanadora y creadora. La repetición del sacramento aporta otros tantos pasos de sanación, de encuentro con Dios y de crecimiento.

Hay un aspecto individual indudable, pero también un aspecto social. El pecado separa y aísla; la reconciliación con Dios nos hace cercanos a nuestros semejantes y a la creación entera.

Práctica sacramental

Es conveniente instruir a nuestros hermanos sobre la naturaleza y el valor de los sacramentos. El *Catecismo de la Iglesia Católica* es un buen resumen de la doctrina sacramental. También hay otros libros que nutren el conocimiento y la piedad.

Pero lo esencial es el deseo y la petición de la gracia de Dios, para que cada sacramento sea una nueva relación con la Iglesia, Cuerpo de Cristo, y un nuevo encuentro con el Señor; una renovación de nuestros compromisos. Todo esto constituye el camino objetivo y sanador para nuestros hermanos.

La vida espiritual es una conversión progresiva, iniciada por la gracia de Dios, quien nos toca y alienta de mil maneras para darnos el deseo de entregarnos cada vez más a él. Este deseo ordena y canaliza nuestra vida síquica; ésta tiende a armonizar nuestra vida orgánica y todo el cuerpo físico.

El buen samaritano procurará la vida sacramental del hermano herido, porque a través de los sacramentos Dios mismo sigue completando la obra de sanación.

El buen samaritano debe pedir a Dios la sabiduría para presentar los sacramentos no como prácticas que deben cumplirse por obligación, sino como canales de la misericordia de Dios. El quiere tocarnos a través de los sacramentos.

El cristiano adulto no debe ser tratado como el niño de Primera Comunión cuya débil comprensión es reforzada por la voluntad de sus mayores.

El adulto (y también el adolescente, ya que requiere ser tratado como adulto) es importante que comprenda que los sacramentos son manifestaciones de la acción de Dios en el Cuerpo de Cristo y a través del Cuerpo de Cristo. esto el cristiano no debe sentirse solo ni desamparado, sino buscar en los sacramentos la gracia vivificante que recibe de Cristo, y la realidad de pertenecer a un Cuerpo animado por el amor del Espíritu Santo. "La vida del está escondida con Cristo en Dios. Todos somos miembros unos de los otros. La bondad de Dios se extiende a nosotros en Cristo Jesús" (cfr. Col 3, 3; Ef 4, 25; 2,

LA EFUSION DEL ESPIRITU SANTO

Hemos hablado, en el Capítulo III, sobre la efusión del Espíritu Santo como origen de los carismas para el samaritano; aquí hablamos de la efusión del Espíritu Santo como punto de partida para que nuestro hermano herido siga sanando y se convierta a su vez en samaritano.

Confirmación operante

El Sacramento de la Confirmación debería ser en nosotros el sacramento que nos hace pasar de la edad de niño a la edad de adulto; o de nuestra vida oculta a una vida plena de seguidores de Cristo¹⁵.

Para Jesús, la bajada sobre él del Espíritu Santo, después de su bautismo, fue un momento importante. El lo interpretó a la luz del profeta Isaías: "El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para predicar la buena noticia a los pobres, para sanar los corazones afligidos, para dar la vista a los ciegos, para dar la libertad a los cautivos, para liberar a los oprimidos, para proclamar el año (de la misericordia) del Señor" (Is 61, 1-2; Lc 4, 18-19).

En todas las culturas, se da cierta solemnidad al momento en que un hombre se responsabiliza de una función importante: un Rey es ungido y coronado, un Presidente de la República es investido con la banda presidencial, un obispo es ungido y recibe la obediencia de su clero, un profesional recibe un título o diploma.

De la misma manera hay sacramentos que dan un título y confieren la gracia de Dios para actuar válida y acertadamente. Así, la consagración episcopal confiere la plenitud del sacerdocio, con la capacidad para ordenar a nuevos sacerdotes; la ordenación sacerdotal confiere la capacidad para consagrar la Eucaristía, perdonar los pecados, administrar los sacramentos y predicar como auxiliares de los obispos; el matrimonio confiere las gracias necesarias a los esposos para responder a su vocación tan rica y profunda en sus dimensiones humanas y sobrenaturales.

La Confirmación es (o debería ser) el sacramento con el que el niño bautizado pasa a actuar como miembro responsable de la vida y bienestar del Cuerpo de Cristo, del Pueblo de Dios que reúne a todos los que han sido llamados por el amor siempre fiel de Dios.

Este sacramento en que se pide la efusión del Espíritu Santo no suele producir grandes cambios en el cristiano, a causa de su receptividad limitada. El niño o el joven adolescente no es capaz de sospechar todas las fuerzas transformadoras y capacitadoras del Espíritu Santo, ni tampoco de cuánto necesitará estas fuerzas en medio de un mundo poço cristiano.

Por esto la gracia sacramental comunicada al joven es limitada, pero puede crecer una y otra vez cuando este mismo joven, más maduro, o cuando el hombre ya adulto, pide una nueva efusión del Espíritu, renovando su Confirmación. Este sacramento no puede ser repetido, pero puede ser renovado; es decir, el cristiano repite su petición del Espíritu, presentando una capacidad receptiva mayor (de deseos, de fe, de ardor apostólico). Entonces, en virtud del Sacramento recibido, Dios dará una y otra vez nuevas efusiones de su Espíritu¹⁶.

Esto es lo que se llama "Bautismo en el Espíritu Santo": Los sacramentos recibidos, en especial la Confirmación, se hacen "operantes", el joven o el adulto tiene la experiencia de un cambio profundo de paz, de gozo, de una nueva manera de amar, de una nueva sed de oración, de un nuevo celo apostólico... Estas son algunas de las manifestaciones de este Bautismo en el Espíritu³.

Conversión progresiva

El bautismo en el Espíritu Santo es un punto de partida para una vida espiritual de conversión progresiva. No terminamos nunca de darnos enteramente a Dios y de ser

perfectamente dóciles a sus inspiraciones. Pero lo que nos sostiene es una experiencia de la actuación de Dios en nosotros.

En efecto, San Juan nos dice que “en esto conocemos que Dios permanece en nosotros, por el Espíritu que nos dio” (1 Jn 3, 24). “En esto conocemos que permanecemos en él, y él en nosotros; en que nos ha dado de su Espíritu” (1 Jn 4, 13). Este Espíritu se encuentra en nosotros como “primicia” de lo que recibiremos en plenitud (Rm 8, 23), como “prenda de nuestra herencia” (Ef 1, 14).

“Primicia”, “prenda”, “arras” (2 Cor 1, 22) son comparaciones que indican una experiencia sensible de una realidad futura o espiritual que es prometida. El cristiano “vive por la fe” ciertamente, y está llamado a comprobar ya la acción del Espíritu Santo en él. Esta experiencia lo confirma, lo alienta, es el origen de su irradiación: “de amor, de gozo, de paz, de paciencia, de afabilidad, de rectitud, de constancia, de humildad, de equilibrio” (Gál 5, 22-23).

El cristiano experimenta las inspiraciones del Espíritu y procura “no contristar” (Ef 4, 30) sino ser “conducido por él” (Rm 8, 14) “a toda la verdad” (Jn 16, 13).

Esta vida de conversión progresiva es también una vida de sanación progresiva. Por esto el samaritano no esperará la sanación completa como fruto de una sola oración por el enfermo; procurará que el enfermo se abra a la acción del Espíritu Santo y entre generosamente por este camino de transformación.

La oración de fidelidad es una respuesta a la invitación de Dios. Dios nos muestra nuestras debilidades y nos ins-

pira deseos de sanación y de progreso. Luego nos invita a responder. Podemos cerrarnos al llamado, como lo hicieron los fariseos; o podemos confesar humildemente nuestra necesidad y pedir la gracia de Dios.

Más aún, Jesús nos enseña a ser perseverantes al pedir (Lc 11, 5-8; 18, 1-8). Cuando realmente necesitamos la ayuda de Dios, seguimos pidiendo con insistencia hasta que conseguimos su intervención, o hasta que entendemos que sus designios no son los nuestros.

San Pablo pidió en tres ocasiones diversas (y sin duda con oración repetida y ardiente) que Dios lo librara de un sufrimiento muy doloroso; pero Dios le hizo entender: "Mi gracia te basta; mi fuerza se muestra perfecta en la flaqueza" (2 Cor 12, 8). Dios tiene sus tiempos y sus maneras.

Por esto, en nuestra oración de fidelidad, hemos de exponer nuestras necesidades y deseos con la confianza de hijos muy amados; pero, al mismo tiempo, entreguemos al Señor las soluciones y los tiempos. El sabe cómo y cuándo socorrernos.

La oración de fidelidad es un medio excelente para que el cristiano herido siga abierto a la acción del Espíritu Santo, y confiando en él. No tardará en experimentar la acción transformadora del Espíritu; comprenderá las palabras: "El Dios de antaño es tu refugio; estás debajo de los brazos eternos" (Deut 33, 27).

TRES LLAVES DE SALUD

Son muchos los buenos consejos que puede dar el samaritano al cristiano que quiere seguir avanzando en el seguimiento de Cristo, "puestos los ojos en él" (Heb 12, 2).

Indicaremos tres que serán de gran provecho. -

Autenticidad humilde

La autenticidad se contrapone al engaño de sí mismo. A veces se tiende hacia un ideal que no corresponde a la realidad espiritual de esa persona; o se fabrica una imagen de sí para no encarar las verdaderas necesidades.

Así sucede que algunos se imaginan una vocación contemplativa cuando todavía no han salido de su egoísmo; o

una vocación apostólica, cuando, en el fondo, necesitan encubrirse a sí mismos sus sentimientos de inferioridad. Cuando le hablaban a San Ignacio de las visiones de alguna “santa” de sus tiempos, preguntaba cómo estaba su abnegación en el servicio de los demás.

El cumplimiento de los deberes del propio estado (por ejemplo, matrimonial) y el servicio de los demás son buenas pruebas de virtud auténtica. Como exhorta San Pablo: “Nada hagan por rivalidad ni por vanagloria, sino con humildad, considerando cada cual a los demás como superiores a sí mismo, buscando cada cual no su propio interés, sino el de los demás” (Flp 2, 3).

Jesús pedía al Padre que sus discípulos fueran “santificados en la verdad; tu Palabra es verdad” (Jn 17, 17). De allí la necesidad de meditar esa Palabra, y pedir a Dios que ilumine esa Palabra, para que sea revelada la verdad de cada uno de nosotros: la verdad de lo que somos y la verdad de lo que Dios nos pide a cada uno.

Para esta meditación es necesario separar un determinado tiempo cada día, y retirarse varios días cada año. En esa confrontación con la Palabra de Dios, el cristiano será salvado de las ilusiones, para ser santificado en la autenticidad, muy consciente de sus limitaciones.

Esta es llave importante de salud.

Dar siempre gracias

En Efesios 5, San Pablo menciona un rasgo de la comunidad llena del Espíritu Santo: “Está dando siempre gra-

cias por todo a Dios Padre, en nombre de nuestro Señor Jesucristo” (Ef 5, 20).

Jesús rebosaba siempre de amor y agradecimiento al Padre: “Padre, te doy gracias por haberme escuchado; ya sabía yo que tú siempre me escuchas” (Jn 11, 41-42); “Te bendigo, Padre,... porque has revelado estas cosas a los pequeños” (Mt 11, 25). En la última cena, Jesús “tomó pan y, dadas las gracias, lo dio...” (Lc 22, 19). Es justo que, a través de los siglos, los cristianos sigamos unidos a Jesús en su acción de gracias al Padre.

Pero, ¿cómo podemos dar gracias siempre? ¿Hemos de agradecer también los fracasos, los sufrimientos, nuestras equivocaciones y caídas? La solución de esta dificultad está en la enseñanza de San Pablo: “Todo contribuye al bien de los que buscan a Dios” (Rm 8, 28). En el momento del dolor y de la confusión no comprendemos cómo el mal puede contribuir al bien de los que buscan a Dios, pero hemos de hacer un acto de fe. Dios, en su amor omnipotente por nosotros, hará que el mal contribuya a nuestro bien, con tal de que, llenos de fe, lo sigamos en su camino sin desfallecer.

Esta actitud de fe y optimismo fundados en la fe es una llave muy valiosa para la salud espiritual, mental y física. Se renuncia a los resentimientos, agresividades y amarguras que ligan al pasado; se tiene confianza en Dios quien nos ama y quien todo lo puede; escuchamos al Salmista; “¡Sean valientes, que su corazón se afirme, ustedes todos que confían en Yahvé!” (Sal 31, 25).

Intercesión

La intercesión consiste en rogar a Dios por las necesidades de nuestros hermanos. Esas necesidades son innumerables: basta abrir el periódico para informarnos de sequías o desbordes de ríos, accidentes en los caminos y crímenes, guerras, pestes... Jesús predijo toda clase de calamidades para Jerusalén y para el mundo, pero también la necesidad de orar y la protección de Dios para los que confiaran en él (Mt 24).

La intercesión es ejercicio de fe en Dios y de caridad por nuestros hermanos. La intercesión nos saca del pequeño mundo de nuestras preocupaciones, nos agranda el corazón, nos hace intermediarios entre los hombres y Dios. Ejercemos un oficio sacerdotal al presentar nuestras súplicas para obtener bendiciones de Dios sobre la tierra.

Hay cristianos que sienten una verdadera vocación de intercesores. Conocí a un pequeño grupo de señoras que se reunían por dos horas cada vez de lunes a viernes para interceder. Llevaban ya cuatro años en este ministerio; y sé que han seguido desde entonces varios años más.

La intercesión se ejerce en la celebración de la Eucaristía; también está contenida en toda oración que, como el Padre Nuestro y Ave María, pide las ayudas de Dios por todo el pueblo. Lo importante es que seamos conscientes de nuestra solidaridad con los demás, de ese Cuerpo que formamos con Cristo a la cabeza y con todos nuestros hermanos, para que no nos encérremos demasiado en nuestros problemas, olvidándonos de los ajenos.

El samaritano llevará al herido a pensar también en tantos otros heridos y a orar por ellos.

OTROS CARISMAS DE ACCION

Nos hemos detenido por largo espacio en el carisma de sanación, porque es de uso frecuente y hay mucho que decir sobre él; pero hay también otros carismas de acción.

San Pablo menciona varios: servicio, reparto, presidencia, ayuda económica, hospitalidad (Rm 12, 7-8. 13). Podríamos prolongar esta lista con todas las actividades profesionales, artesanales, agrícolas que existen hoy día.

Todas estas actividades pueden ser campos de carismas, a través de los cuales Dios bendice a su pueblo.

Vocación del Espíritu

En la Biblia, Dios se manifiesta llamando a hombres que desarrollarán la obra de Dios en favor de su pueblo. En el Antiguo Testamento tenemos los ejemplos de Abrahán, Moisés, Gedeón, Sansón, David, los Macabeos, para nombrar unos pocos.

En el Nuevo Testamento leemos cómo llamó Jesús a los primeros discípulos para que fueran “pescadores de hombres”; llamó a los apóstoles “para que estuviesen con él y para enviarlos a predicar, y que tuviesen autoridad para sanar enfermedades y para echar fuera demonios” (Mc 3, 14-15).

Más tarde, el Espíritu Santo inspiró a la Iglesia naciente la ordenación de diáconos, como ayudantes de los apóstoles (Hch 6, 1-6) y, después, el establecimiento de obispos para el gobierno de las nuevas “iglesias”. Así, estos ministerios no fueron conquistas personales sino llamados de Dios para el servicio de las comunidades.

Ejercicio inspirado

En el llamado a una actividad, entran en acción las fuerzas naturales del hombre: sus entusiasmos, su interés intelectual, su inteligencia y voluntad, sus fuerzas físicas... todo el hombre. Pero en un llamado de Dios entran en juego también las gracias de Dios, es decir, su acción sobrenatural, iluminadora y fortalecedora. Son las “gracias de estado” o carismas ordenados para el desempeño de la vocación divina.

Estas gracias asisten al hombre, aunque no se dé cuenta ni las busque explícitamente; pero se desarrollarán más si el hombre está consciente de su existencia y las pide en oración. Dios quiere darnos “cosas buenas cuando las pedimos” (cfr. Mt 6, 11).

Esta posibilidad de un ejercicio inspirado en nuestras actividades abre maravillosas perspectivas: el abogado pide la inspiración de Dios para acertar en sus consejos; el médico pide la acción sanadora de Dios en el tratamiento de un enfermo; el político pide la solución a un problema; el artista, un tema para su creación; el carpintero, la manera de arreglar un mueble; el periodista, una presentación llamativa para su artículo; el agricultor, la gracia de una buena cosecha...

Jesús fue carpintero y predicador, expulsó demonios y sanó enfermos, enseñó a sus discípulos y declaró perdonados a pecadores... en todo fue “conducido por el Espíritu” para “cumplir la voluntad del Padre que le había enviado” (cfr. Jn 6, 38). La docilidad a la voluntad de su Padre fue su norma durante toda su vida, aun cuando su Padre le pidió que no se desviara del camino de la pasión (Lc 22, 42).

De la misma manera, cuando el cristiano (profesional, artesano, obrero...) “es conducido por el Espíritu de Dios” (Rm 8, 14), su acción será humana y divina, natural y carismática. La manera de actuar y los resultados de la acción serán testimonio de la presencia y actuación de Dios.

Servicio gratuito

Según San Pablo, el obrero del evangelio dedicado exclusivamente a la predicación merece que el pueblo de

Dios le retribuya su trabajo. “Si nosotros sembramos entre ustedes lo espiritual, ¿es gran cosa si cosechamos de ustedes lo material?... Dispuso el Señor a los que anuncian el Evangelio, que vivan del Evangelio” (1 Cor 9, 11. 14). Por otra parte, las instrucciones de Jesús a sus apóstoles contenían lo siguiente: “Sanen enfermos, limpien leprosos, resuciten muertos, echen fuera demonios; ustedes han recibido gratuitamente, hagan donación gratuita” (Mt 10, 8).

No hay contradicción. Pablo habla del ministerio que absorbe la vida del predicador. Si toda su actividad está dedicada al servicio de los demás, es justo que los beneficiarios sustenten al que les sirve. En cambio Jesús se refiere a la acción carismática misma. Esta acción no depende directamente del apóstol; es intervención de Dios; el apóstol no puede cobrar dinero por esa acción. Caería en el pecado de Simón Mago, quien quería comprar la capacidad de comunicar el Espíritu Santo por medio de la imposición de las manos (cfr. Hch 8, 9-24).

Cuando se trabaja con Dios, y Dios bendice nuestro trabajo, entra aquí un factor de gratuidad que trae soltura, libertad, alegría y generosidad. Se sale de los límites estrechos del interés económico y del cálculo, para recibir lo equivalente a lo que se da. Se goza verificando la palabra de Jesús: “Mayor felicidad es dar que recibir” (Hch 20, 35).

En la práctica

San Pablo menciona “la libertad gloriosa de los hijos de Dios”, es decir, de “todos los que son guiados por el Espíritu de Dios” (Rm 8, 21. 14). ¿Cómo podemos ejercitarnos en esta vida conducida por el Espíritu?

Aquí van algunas indicaciones:

- 1º Al comienzo de cada día, pedir la asistencia del Espíritu Santo para ser guiados en el camino de la voluntad de Dios.
- 2º Ante todo problema, pedir la luz y la fuerza del Espíritu para acertar.
- 3º Reconocer las inspiraciones de Dios cuando nos dan información o sabiduría para actuar; o cuando nos abren caminos de creatividad.
- 4º Actuar con confianza en Dios y con libertad interior, fortalecidos con los frutos del Espíritu: amor, paz, gozo, paciencia, delicadeza, rectitud, constancia, humildad y equilibrio.
- 5º Agradecer y alabar siempre, en especial al final del día, la presencia y actuación de Dios en nuestra vida.

CONCLUSIONES

1. Los carismas no son capacidades mágicas otorgadas por el Señor; no son “poderes” que estén a nuestro arbitrio. Son acciones en que concurre el Señor cuando él quiere. Actuar “carismáticamente” no depende de nosotros. De nosotros depende usar nuestras capacidades naturales caracterizadas por la fe, la prudencia cristiana, la caridad fraterna, la sencillez, el sentido común. Dios bendecirá esa acción cuando quiera y como quiera.
2. El cristiano debe sentirse familiar y cómodo con las bendiciones de Dios. Debe sentir que es normal que ocurran. Somos hijos de Dios y sabemos que nos ama y bendice. ¿Cómo no va a actuar muchas veces con nosotros y a través de nosotros en favor de nuestros hermanos?

3. Podemos aprender a reconocer esas frecuentes intervenciones de Dios. Alegrarnos, aplaudir, alabar a Dios. “Gocémonos y alegrémonos y démosle gloria” (Apoc 19, 7); esto es lo que haremos eternamente; comencemos a hacerlo ahora.
4. Es posible ejercitar nuestra apertura a los carismas, es decir, remover los obstáculos y disponernos para ser instrumentos de Dios en bien de nuestros hermanos.
5. Los principales peligros en que puede caer el cristiano en este campo son:
 - a) La ilusión: imaginarse dotado por Dios con “poderes” sobrenaturales;
 - b) la confusión de los carismas con capacidades naturales parasicológicas¹⁷;
 - c) la superstición al creer que de nuestra parte debemos usar tales o cuales fórmulas, o ponernos en tales o cuales disposiciones interiores para asegurar el “éxito de nuestro empeño”;
6. Los carismas, aun los más extraordinarios, han existido siempre en la Iglesia; y hoy día el Espíritu Santo los está difundiendo más. Es importante la comprensión de los carismas y su difusión para contrarrestar la ola de racionalismo y sicologismo por una parte y, por otra, la credulidad en toda clase de magia y falso misticismo.
7. Oremos para que una recta comprensión de los carismas y una sana apertura a ellos sea una respuesta generosa a lo que “el Espíritu Santo está diciendo a las Iglesias” (Apoc 3, 22).

NOTAS

- 1 Juan Pablo II, *Dominum et Vivificantem*, Ed. Paulinas, Santiago de Chile, 1989, n. 52.
- 2 *Concilio Vaticano II* - B.A.C, Madrid, 1967.
- 3 Francis A. Sullivan, S.J., *Charismes et Renouveau Charismatique*, Pneumatheque, Paris, 1988.
- 4 Carlos Aldunate, S.J., *Transformación Espiritual y Psicológica* (2ª ed., Ediciones Paulinas, Santiago de Chile 1991).
- 5 Carlos Aldunate, S.J., *Discernimiento* - Ediciones Paulinas, Santiago de Chile, 1990.
- 6 *Goodnews* (28 Beaufort Street, London SW3 5AA), n. 110.
- 7 Juan Pablo II, *Christifideles Laici*, Ediciones Paulinas, Santiago de Chile, 1991, n. 24.
- 8 Diego Jaramillo y Carlos Aldunate, S.J., *Carisma de Sabiduría y Ciencia*, Ediciones Paulinas, Santiago de Chile, 1985.
- 9 *Goodnews* - n. 85.
- 10 Ruth Carter Stapleton - *The Gift of Inner Healing*, Word Books, Waco, Texas, 1976.

11. Dr. Philippe Madre, *Levántate y Anda*, El carisma de la fe, Talleres Gráficos P.S.S.P, Santiago de Chile, 1994.
12. Agnes Sanford - *The Healing Light* - Logos Internacional, Plainfield, New Jersey, 1972.
13. Ruth Carter Stapleton - *The Experience of Inner Healing*, Word Books, Waco, Texas, 1977.
14. Carlos Aldunate, S.J., *Texto Modernizado de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio*, Ediciones Paulinas, Santiago de Chile, 1987.
15. Carlos Aldunate, S.J., *Vivamos nuestra Confirmación*, Ediciones Paulinas, Santiago de Chile, 1982.
16. Karl Rahner, S.J., *Escritos de Teología*, Taurus Ediciones Madrid, 1961.
17. Carlos Aldunate, S.J., *El Cristiano ante lo Paranormal*, Talleres Gráficos P.S.S.P., Santiago de Chile, 1992.

INDICE

Introducción	5
1. Camino de carismas	7
2. El servicio al hermano	13
3. Los carismas de servicio	17
4. Tres llaves de servicio	21
5. La inspiración	27
6. La oración en lenguas	33
7. Carismas de pensamiento	39
8. Profecía y enseñanza	47
9. Lenguas e interpretación	53
10. Tres llaves de progreso	59
11. Carismas de acción	65
12. Sanación física	73
13. Transformación de tendencias	79
14. Sanación de traumas	85
15. Liberación de ataduras	91
16. Tres llaves de sanación interior	99
17. Sacramentos y sanación	105
18. La efusión del Espíritu Santo	111
19. Tres llaves de salud	117
20. Otros carismas de acción	123
21. Conclusiones	129

